

GRADO EN ESTUDIOS CLÁSICOS
UNIVERSIDAD DE VALLADOLID



Una carta de Guarino de Verona a su hijo Niccolò: traducción y comentario

Juan Pérez González

Tutor: Miguel Ángel González Manjarrés

Facultad de Filosofía y Letras

Curso: 2024-2025

RESUMEN:

Este trabajo presenta una traducción de la epístola 862 de Guarino de Verona, dirigida a su hijo Niccolò, además de una introducción contextual y un comentario filológico y literario de la misma. A través del estudio detallado del texto, se examina cómo Guarino valora el latín clásico frente al latín medieval y la vital importancia para el ideal humanista de la expansión de la lengua griega en Italia de la mano de Manuel Crisoloras. La carta, en cierta forma, constituye un pequeño manifiesto del humanismo.

PALABRAS CLAVE:

Guarino de Verona, Humanismo, Latín Humanista, Epistolografía, Manuel Crisoloras.

ABSTRACT:

This work presents a translation of Epistle 862 by Guarino of Verona, addressed to his son Niccolò, along with a contextual introduction and a philological and literary commentary. Through a detailed study of the text, it examines how Guarino values Classical Latin over Medieval Latin, as well as the vital importance, for the humanist ideal, of the spread of the Greek language in Italy through the efforts of Manuel Chrysoloras. In a certain sense, the letter constitutes a brief manifesto of Humanism.

KEYWORDS:

Guarino da Verona, Humanism, Humanistic Latin, Epistolography, Manuel Chrysoloras

ÍNDICE:

INTRODUCCIÓN	7
CONTEXTO HISTÓRICO.....	9
EL AUTOR Y LA OBRA	11
GÉNERO LITERARIO.....	15
EL GRIEGO EN LA ITALIA RENACENTISTA.....	17
TEXTO Y TRADUCCIÓN.....	21
COMENTARIO	33
INTRODUCCIÓN	35
CONTENIDO Y ESTRUCTURA DE LA CARTA	35
FUENTES.....	50
LENGUA Y ESTILO	52
BIBLIOGRAFÍA	55
TEXTOS	57
ESTUDIOS.....	57

INTRODUCCIÓN

Este trabajo se centra en el estudio de la epístola 862 del humanista italiano Guarino de Verona, figura clave del Renacimiento y uno de los principales representantes del movimiento humanista en el siglo XV. A través de la traducción y el análisis detallado de esta carta, se pretende no solo examinar su contenido y estilo, sino también situarla en su contexto histórico, cultural y filosófico, con el fin de comprender el papel que desempeñó la correspondencia en la difusión de los ideales humanistas. Este estudio aspira a aportar una primera traducción de la carta al español y una visión más profunda del pensamiento de Guarino.

Para ello realizaremos primero una breve aproximación a la epístola con el objetivo de situarla dentro del marco cultural e intelectual de su tiempo. Esta introducción abordará tres ejes fundamentales: el contexto histórico en que se escribió la carta, en este caso el Renacimiento italiano; la figura del autor, el humanista Guarino de Verona; y el género literario al que pertenece, la epistolografía. Además, trataremos brevemente cómo se produjo la introducción del griego en la Italia renacentista y su importancia cultural.

CONTEXTO HISTÓRICO

El Renacimiento, originado en Italia, es una época histórica que, en términos amplios, se extendió en Occidente desde la segunda mitad del siglo XIII hasta 1600¹. Representó una profunda transformación en todos los ámbitos de la vida europea. Más allá de su impacto artístico e intelectual, este periodo supuso importantes cambios políticos, sociales y económicos. El debilitamiento del sistema feudal y el auge de las ciudades-estado favorecieron el desarrollo de nuevas formas de gobierno y la consolidación del poder de las burguesías urbanas. El crecimiento de las ciudades, surgiendo con ello trabajos especializados, y la mayor seguridad del comercio permitieron una mayor bonanza económica en Europa. Al mismo tiempo, la invención de la imprenta de Johannes Gutenberg (1400-1468) hacia 1450 provocó la creación de la industria del libro y un gran florecimiento cultural. Todo ello propició el nacimiento de unas clases medias acomodadas que querían dotarse también de cultura, por lo que enviaban a estudiar a sus hijos a la universidad, donde estos se especializaban en Medicina, Derecho y Teología, las tres Facultades superiores, a las que se accedía tras cursar el bachillerato de Artes. Al tiempo, aumentó el público lector, extendiéndose con ello el interés por los clásicos.

¹ Burckhardt (2002). Esta obra puede servirnos como punto de partida general. Para una visión más actualizada, véase Kristeller (1993) o Garin (2017).

En el plano cultural se extendió con fuerza una corriente de pensamiento que rompía con la concepción medieval: el humanismo². Este movimiento intelectual, cultural y educativo surgió igualmente en Italia, está ligado estrechamente al Renacimiento y se caracterizaba por cierto individualismo antropocéntrico y un renovado estudio de la cultura clásica. Sus precursores fueron figuras como Lovato Lovati (1241-1309) o Albertino Mussato (1261-1329), ambos de Padua, que redescubrieron los valores del mundo greco-romano y promovieron la lectura de los clásicos. Más tarde, figuras como Dante Alighieri (1265-1321), Giovanni Boccaccio (1313-1375) y Francesco Petrarca (1304-1374) dieron mayor visibilidad a este movimiento, que comenzó afectando solo a la poesía. Hay que destacar especialmente a Petrarca³, al que se tiene por padre del humanismo, pues fue un infatigable buscador de códices (albergó casi todo el corpus ciceroniano y gran parte del *Ab Urbe condita* de Tito Livio en su biblioteca personal); además, fue el primero en demostrar una clara consciencia de discontinuidad histórica, ya que notaba que vivía en una época diferente al Medievo. Se intensificó el antropocentrismo, como se ha indicado, que consideraba que todas las cosas tenían valor en función de su utilidad o relación con el ser humano, aunque ello no excluía el sentimiento religioso ni la importancia de la concepción religiosa del mundo, pues la mayoría de la población continuaba ateniéndose a esa interpretación teológica. Asimismo, los humanistas renacentistas propugnaban los *studia humanitatis*⁴: el estudio de gramática, retórica, poesía, historia y filosofía moral como fundamento de una educación completa. Se exaltaba la *virtus* cívica y privada, favoreciendo la lengua latina culta, la filología y la educación en las letras clásicas, en contraposición a la Escolástica medieval.

Este ideal humanista se manifestó en la creación de escuelas de “enseñanza media” tanto públicas como privadas a las que acudían alumnos que estaban a punto de acceder a la universidad, en las cuales se trabajaban las humanidades, en especial gramática, retórica, latín, griego y filosofía. En la Universidad este movimiento penetró con mayor lentitud. En tal sentido, en fin, Guarino de Verona se sitúa en ese contexto de renovadas academias literarias italianas del siglo XV, donde los eruditos buscaban combinar las letras clásicas con la formación moral y cívica del ciudadano renacentista.

² Cf. Black (2006) 37-72. Para un acercamiento a los principales estudios sobre el humanismo, véase Fubini (2007) 504-515.

³ Cf. Mazzocco (2006) 215-242.

⁴ Cf. Grendler (2001) 199-204.

Guarino Guarini⁵ nació en Verona en 1374. Hijo del herrero Bartolomeo y de Libera, hija de un notario, procedía de una familia originaria de Módena. Su padre murió tras ser capturado en la batalla de Brentelle (1386), que enfrentó, cerca de Padua, a las fuerzas de los Carraresi de Padua, lideradas por Giovanni Ubaldini (1340-1390), contra las tropas de los Scaligeri de Verona, que, comandadas por Cortesia Serego (1335-1386), resultaron duramente vencidas. Poco se sabe sobre los primeros años de Guarino, aunque se deduce que estudió en Padua con Giovanni Conversini (1343-1408), quien fue nombrado profesor de gramática y retórica en la Universidad de Padua en 1392.

A fines del siglo XIV, Guarino fundó una escuela en Verona y ejerció como notario sin haber estudiado derecho formalmente. Su vida dio un giro decisivo al conocer al erudito bizantino Manuel Crisoras (1355-1415), con quien viajó a Constantinopla para aprender griego. Allí trabajó como secretario del embajador veneciano Paolo Zane (1370-1448), con lo que pudo financiar sus viajes y estudios. Regresó a Venecia en 1408, con un profundo conocimiento del griego clásico y varios manuscritos importantes, entre ellos tres comedias de Aristófanes y la *Suda*, la gran enciclopedia bizantina del siglo X.

En 1409 se encontraba en Verona y comenzó su carrera como diplomático, llegando a pronunciar más de sesenta discursos a lo largo de su vida. Lejos de ser únicamente un retórico, como orador desempeñaba funciones cívicas de gran relevancia: pronunciaba discursos en ceremonias oficiales, representaba a su ciudad en embajadas y actos públicos, y a menudo participaba activamente en la administración o la vida republicana. Guarino cumplía el ideal del *vir eloquens*: un ciudadano instruido, virtuoso y capaz de influir en los asuntos públicos mediante la palabra. En 1410 se trasladó a Florencia para enseñar griego, invitado por Leonardo Bruni (1370-1444), un conocido historiador humanista que, entre otras muchas obras, compuso unas *Historiae Florentini populi*, y Niccolò Niccoli (1364-1437), un importante bibliófilo florentino que formó parte del círculo de los Medici. Pese a los conflictos de índole intelectual y personal que a la postre tuvo con Niccoli, fue nombrado profesor en la Universidad de Florencia en 1413. Su roce con Niccoli se debía a que el florentino era extremadamente exigente con la pureza del latín clásico, mientras que el veronés defendía una práctica pedagógica más flexible. Abandonó la ciudad en 1414 para regresar a Venecia, debido al ambiente hostil que se generó hacia su persona.

⁵ Pistilli (2003)

En Venecia, Guarino continuó enseñando griego. La gran habilidad de Guarino como maestro hizo que sus clases privadas fueran todo un éxito. Estas eran clases abiertas al público, que Guarino impartía por su cuenta, sin estar formalmente vinculado a una universidad o cátedra oficial. Para esto, pronunciaba inspiradores discursos inaugurales (semejantes a *praelectiones* universitarias), que utilizaba como plataformas desde las cuales podía proponer nuevas ideas, responder públicamente a sus críticos o intentar generar un interés amplio en alguna área de su trabajo. Entre sus discípulos más destacados estuvieron Francesco Filelfo (1398-1481), quien tradujo numerosas obras del griego al latín, incluyendo textos de Aristóteles, Jenofonte, Homero, Platón y Plutarco; y Vittorino da Feltre (1378-1446), quien luego fundaría la célebre escuela humanista de Mantua.

Durante su estancia en Venecia entre 1414 y 1419, Guarino realizó varios viajes a Padua, en donde mantenía contacto con otros humanistas como Gasparino Barzizza (1360-1431), que fue un gramático y educador de renombre del círculo paduano, y Cristóforo da Varese, descrito por el propio Guarino como “otro Prisciano de nuestra época” (*alter aetatis nostrae Priscianus*⁶). Su escuela veneciana alcanzó gran prestigio, y en Venecia escribió tratados como *De orthographia*, obra gramatical que aborda cuestiones ortográficas del latín, centrada en la correcta escritura y pronunciación de palabras; *Carmina differentialia*, una colección de poemas didácticos en latín que abordan las diferencias entre palabras similares, como homónimos y parónimos; y *De diphthongis* (entre 1415 y 1417), el primer estudio concreto de los diptongos en latín, destinados a facilitar la enseñanza del latín y del griego⁷.

En 1418 se trasladó a Verona para casarse con Taddea Cendrata y establecerse definitivamente allí, abriendo así su escuela privada en Verona. Durante estos años, Guarino también desempeñó funciones diplomáticas y administrativas para Verona, pues participó en su gobierno municipal y fue su embajador ante Venecia y Vicenza. Rechazó, no obstante, una oferta para enseñar en Mantua, lo que permitió la llegada de Vittorino da Feltre a esa corte. Entre sus discípulos de este momento se encontraban figuras como Ermolao Barbaro (1454-1493), conocido por su *Castigationes Plinianae*, una corrección extensa de los errores del texto latino de la *Historia natural* de Plinio; y Bartolomeo Facio o Fazio (1400-1457), quien compuso *De viris illustribus*, una colección de biografías de hombres notables de su tiempo, en la línea de las obras biográficas clásicas.

⁶ Cf. Sabbadini (1915) I, 394

⁷ Cf. Mercer (1979) 59-60.

Debido a un brote de peste ocurrido en mayo de 1419, Guarino se vio obligado a abandonar Verona y se refugió en su villa de Valpolicella, donde residió hasta finales de 1419. Allí cultivaba la tierra y continuaba su labor intelectual. El Concilio de Verona⁸ resolvió en ese momento otorgarle el cargo de profesor de retórica por un período de cinco años, con una remuneración anual de 150 ducados de oro. En septiembre de 1421 vino al mundo Girolamo Guarini, su primogénito. Terminó siendo padre de quince hijos. Su carrera fue reconocida y defendida por sus estudiantes, incluso cuando surgieron críticas a su salario y método de enseñanza. En 1422, Guarino, en Verona, envió a uno de sus alumnos, Giovanni Arzignano, a obtener copias de los nuevos textos encontrados en Lodi. A comienzos del año, en efecto, el obispo Gerardo Landriani de Lodi descubrió en los archivos catedralicios un valioso corpus de escritos retóricos de Cicerón. La primera transcripción de estos textos fue realizada por Cosma Raimondi de Cremona, bajo la supervisión directa de Gasparino Barzizza⁹. Guarino recibió a Arzignano con alegría y copió el *Orator* y el *Brutus*.

Su fama como experto en comedias se expandió, tras realizar en 1426 una edición de Plauto. Su método pedagógico, contrario al *trivium* y *quadrivium* medievales, se basaba en un enfoque gradual (elemental, gramatical, retórico), incluyendo lectura, memorización y ejercicios orales. Rechazó una oferta para ser profesor de la Universidad de Bolonia y en 1430 Guarino pasó al servicio de la corte de Ferrara: Niccolò III d'Este (1383-1441) lo nombró preceptor de su hijo ilegítimo Leonello (1407-1450), al que Guarino formó como príncipe humanista. En 1436 fue nombrado maestro público de la Universidad de Ferrara. Participó activamente en el Concilio de Ferrara en 1438 mediante la traducción de textos patrísticos. Este fue un concilio ecuménico de la Iglesia católica, convocado por Eugenio IV (1383-1447), que tuvo lugar entre 1438 y 1445, y cuyo objetivo principal era lograr la reunificación de la Iglesia católica romana y la Iglesia ortodoxa griega, que se habían separado en el llamado “Cisma de Oriente” (1054). Allí actuó como intérprete entre griegos y latinos, destacando su papel como puente entre culturas. Durante el gobierno de su discípulo Leonello de Este (1441-1450), Guarino contribuyó a que Ferrara llegara a su período cultural más floreciente, atrayendo alumnos de toda Europa al Estudio.

⁸ El Concilio de Verona no se refiere a ninguna reunión eclesiástica, sino al órgano de gobierno civil de Verona. En este caso, era una asamblea compuesta por autoridades locales encargadas de la administración política y administrativa de la ciudad.

⁹ Cf. Mercer (1979) 70-90.

Guarino murió en Verona en diciembre de 1460, dejando un vasto legado como humanista, pionero en la enseñanza del griego en Occidente. Destacó por la recuperación y difusión de la literatura clásica griega y latina, especialmente a través de su labor docente. Sus numerosos discípulos continuarían su obra, consolidando la renovación cultural y lingüística que marcó el Quattrocento.

Las obras de Guarino¹⁰ son variadas, pero destacan especialmente sus traducciones del griego al latín, tratados gramaticales y abundante correspondencia. Entre las traducciones más célebres figuran la *Geografía* completa de Estrabón, que fue particularmente influyente en la difusión del conocimiento geográfico en la Europa del Renacimiento, y unas quince biografías de la colección de Plutarco. Estas traducciones se distribuyeron ampliamente en los círculos universitarios. Adicionalmente, Guarino tradujo algunos textos de Luciano de Samosata, Aristóteles, Jenofonte e Isócrates y compiló ediciones de otros autores griegos, acompañando cada obra de amplios prólogos en los que exaltaba las virtudes clásicas. En conjunto, su labor traductora permitió que obras griegas inaccesibles desde hacía siglos se difundieran en Occidente, impulsando así el resurgir del pensamiento clásico.

En el ámbito de la gramática, Guarino se distinguió por elaborar manuales para el aprendizaje de lenguas. En 1418 publicó las *Regulae grammaticales*, considerada la primera gramática latina renacentista, que reordenó de forma sistemática la enseñanza del latín clásico. Esta obra, muy erudita para la época, llegó a ser reeditada hasta el siglo XVII, lo que es indicio de su enorme influencia didáctica. A la par, preparó una versión latina de los *Erotemata* de su maestro Manuel Crisoloras. Gracias a estas publicaciones, los estudiantes del Renacimiento pudieron aprender lenguas clásicas con métodos más modernos y accesibles. El esfuerzo de Guarino fue considerado tan valioso, que su gramática latina se usó durante siglos.

Como estudioso lingüístico, Guarino también dejó comentarios sobre autores clásicos latinos. Se conservan, entre otras, anotaciones suyas a Persio, Juvenal y Marcial. En su mayoría, eran anotaciones marginales, similares a las glosas, y observaciones interlineales escritas directamente en los manuscritos de esos autores. Es decir, no eran tratados sistemáticos, sino de notas filológicas, gramaticales y léxicas destinadas a aclarar o explicar pasajes difíciles. Guarino solía usar esos manuscritos para sus clases. Así, por ejemplo, parece que empleó el de las *Sátiras* de Juvenal, conservado en la actualidad con

¹⁰ Pistilli (2003).

glosas y anotaciones de su puño y letra. Se trata de un ejemplar que, al parecer, estuvo en manos de sus discípulos, a quienes se lo facilitaría Guarino para que pudieran proseguir su estudio de manera autónoma¹¹. Aunque no son obras de lectura corriente, los comentarios revelan su empeño en relacionar el contenido ético de los satíricos con la formación del buen ciudadano. Llegó a compilar a partir del *Eunuchus* de Terencio un útil florilegio, en el que se encontraban: otras comedias de Terencio (como *Andria* y *Adelphoe*), fragmentos de Quintiliano, epístolas de Séneca, pasajes de Cicerón, especialmente de sus obras retóricas (*Orator*, *De oratore*), y versos selectos de Virgilio y Horacio. El objetivo era formar una colección de modelos lingüísticos que los estudiantes pudieran memorizar, imitar y analizar.

Otra parte fundamental de su producción es el epistolario, pero de este hablaremos en profundidad más adelante.

El pensamiento de Guarino se inscribe plenamente dentro del humanismo renacentista, promoviendo la revalorización del ser humano a través del estudio de las *studia humanitatis*. Para Guarino, la educación debía estar al servicio de la virtud y la vida activa; no se trataba simplemente de adquirir conocimiento, sino de formar ciudadanos sabios y moralmente rectos, comprometidos con la vida pública. A diferencia de la tradición escolástica, su enfoque no partía de la lógica formal ni de la teología, sino del cultivo de la lengua, la literatura y la historia como instrumentos de reflexión ética y cívica. El estudio de los autores clásicos no era un fin en sí mismo, sino un medio para recuperar y aplicar en el presente los valores que, a su juicio, definían a una sociedad civilizada.

GÉNERO LITERARIO

La epistolografía es el género literario que comprende la escritura de cartas, tanto privadas como públicas, con fines personales, políticos, diplomáticos o intelectuales. Pseudo-Libanio¹², quien teorizó sobre la escritura de epístolas, define en su manual *Formas de cartas* una epístola como “una conversación escrita (ὁμιλία τις ἐγγράμματος) que dirige una persona ausente a otra presente y que cumple una función práctica”¹³. El género epistolar tiene sus raíces en la Antigüedad, pues en las escuelas de Roma y Grecia ya se ofrecían conocimientos de *retórica epistolar*¹⁴. Según la teoría epistolar clásica¹⁵, que

¹¹ Cf. Thomas (2020) 77-85.

¹² El nombre Pseudo-Libanio se refiere a un autor anónimo de la Antigüedad Tardía que escribió obras que durante mucho tiempo fueron atribuidas erróneamente al sofista Libanio de Antioquía (314–393 d.C.).

¹³ Cf. Ruiz Montero (2013) 27–39.

¹⁴ Cf. Martín Baños (2005) 27–40.

¹⁵ Cf. Martín Baños (2005) 61–64.

plantea Cicerón, toda carta tiene tres partes: la *inventio*, en la que se generan y reúnen las ideas que conformarán el discurso; la *dispositio*, en la cual se ordenan estructuralmente los argumentos que se quieren utilizar; y la *elocutio*, que es el modo de expresión verbal del contenido, cuidando el registro y el estilo de la epístola.

Durante la Edad Media y el Renacimiento, este género adquirió una importancia particular, ya que las cartas no solo servían como medio de comunicación, sino también como vehículo de expresión literaria, filosófica, pedagógica y científica. La epistolografía medieval y la humanística difieren profundamente en sus características formales, estilísticas y funcionales, reflejando dos visiones distintas de la escritura y del papel del autor en la cultura letrada.

La epistolografía medieval, guiada por los principios del *ars dictaminis*¹⁶, se caracterizó por una estructura retórica rígida y normativizada que incluía secciones fijas como la *salutatio*, la *narratio* o la *petitio*. Su propósito era esencialmente funcional y utilitario: responder a necesidades administrativas, eclesiásticas o jurídicas en el marco de una sociedad jerárquica y clerical. El uso del latín medieval, cargado de fórmulas estereotipadas y tecnicismos, reforzaba el carácter impersonal y estandarizado de las cartas, concebidas como herramientas de comunicación institucional. La individualidad del autor quedaba relegada frente al rol que desempeñaba dentro de una organización o estamento.

En cambio, con el surgimiento del humanismo en el siglo XIV, la epistolografía experimentó una transformación sustancial. Inspirada en los modelos epistolares de la Antigüedad, sobre todo en Cicerón, Séneca y Plinio el Joven, la carta pasó a concebirse como un ejercicio literario y un medio de expresión personal e intelectual. Los humanistas emplearon un latín clasicista, refinado y estilísticamente elaborado, que rechazaba los arcaísmos y barbarismos del latín medieval. La carta dejó de ser un mero instrumento práctico para convertirse en un espacio de reflexión moral, amistad erudita, crítica cultural y diálogo filosófico. Así, la epistolografía humanística no solo supuso un retorno a los valores formales de la Antigüedad clásica, sino también una afirmación del sujeto letrado como figura central del discurso.

Podemos afirmar que el siglo XV constituye la etapa final de la epistolografía medieval, pero en Italia ya había humanistas que escribían cartas al modo ciceroniano desde el siglo XIV, con Petrarca como ejemplo máximo. Durante este periodo emergen los primeros manuales de redacción epistolar elaborados por humanistas, en los cuales se

¹⁶ Cf. Martín Baños (2005) 91-124.

evidencia una concepción renovada de la carta, definida por un tono más familiar y personal, en contraste con las formas rígidas y formales que habían predominado en la tradición medieval. Niccolò Perotti¹⁷ (1429-1480), quien fue alumno del propio Guarino en Ferrara, escribió los *Rudimenta grammatices*, una de las principales gramáticas humanistas. Dentro de ella hay una parte titulada *De componendis epistolis*, que funciona como el primer manual de epistolografía renacentista. En esta obra establece una normativa epistolar basada en la imitación de los modelos clásicos, especialmente Cicerón, proponiendo un latín claro, elegante y libre de formas medievales. Destaca la adecuación al destinatario, la brevedad combinada con la claridad y una estructura lógica del contenido. La carta, para Perotti, debe ser no solo funcional, sino también expresión del intelecto y la cultura del autor, reflejando los ideales retóricos y éticos del humanismo. Así, la epístola se convierte en un medio literario de autorrepresentación, superando su uso meramente práctico. Otros humanistas escribieron manuales semejantes, entre los que destacan las *Epistolae ad exercitationem accomodatae* de Gasparino Barzizza y el *Epistolarium novum* de Francesco Filelfo.

Podemos conocer mucho sobre el pensamiento de Guarino en su riquísimo *Epistolario*, editado por el filólogo italiano Remigio Sabbadini (1850–1934). La colección de Sabbadini contiene 983 cartas y textos varios de y sobre Guarino¹⁸. Se trata de una correspondencia “familiar”, en la que trata de temas personales y cotidianos, destacando su interés por el uso del latín como lengua viva. Una traducción parcial del epistolario al italiano fue publicada por Vittorio Bertolini en 1957.

La correspondencia de Guarino, escrita en un latín humanista claro y elegante, constituye una valiosa fuente para comprender el pensamiento y las relaciones culturales de su tiempo. En sus cartas se manifiesta no solo su vasto conocimiento de las letras clásicas, sino también una preocupación constante por la moral, la educación, la virtud cívica y el papel del saber en la formación del individuo. Mucho de todo esto se podrá comprobar en la epístola objeto de este trabajo.

EL GRIEGO EN LA ITALIA RENACENTISTA

Guarino nos muestra en su carta la importancia del griego para el humanismo y agradece en especial a Manuel Crisoloras por traerlo de vuelta a Italia. La recuperación y

¹⁷ Cf. Curbelo Tavío (2000) 1-29.

¹⁸ Desde entonces, se han descubierto 30 cartas nuevas de Guarino: han sido editadas y comentadas por Campana en 1962 (1 carta), Prete en 1964 (1), Colombo en 1965 (3), Capra - Colombo en 1967 (17), Pastore Stocchi en 1969 (1), Capra en 1971 (6) y Katusckina en 1974 (1).

revitalización de esta lengua ya tan olvidada se produjo en un contexto específico que propició la llegada de profesores de griego.

El imperio bizantino sufrió una gran decadencia en la segunda mitad del siglo XIV. El miedo ante el constante avance otomano, unido a la crisis económica, provocó la emigración de eruditos griegos a Occidente en busca de mejores oportunidades. El florecimiento cultural de la Italia cristiana se presentó como un destino idílico para estos intelectuales. De este modo, se unieron la tradición cultural helena con el creciente humanismo latino, formando una rica simbiosis. La *translatio studiorum*¹⁹ que se produjo entre estas dos culturas permitió alcanzar un auge cultural no visto en Europa desde la Antigüedad.

En este contexto, nos encontramos con Demetrio Cidones (1324-1397), un teólogo y traductor destacado del Imperio Bizantino, que ocupó el cargo de *mesazon* (primer ministro) bajo los emperadores Juan VI Cantacuzeno (1292-1383) y Juan V Paleólogo (1332-1391). A lo largo de su vida realizó varios viajes con fines diplomáticos a la península itálica, lo que le llevó a interesarse por el latín. Fue un fiel defensor del diálogo entre Oriente y Occidente, convirtiéndose él mismo al cristianismo.

En 1390 Cidones realizó su segundo viaje a Italia acompañado por su discípulo Manuel Crisoloras (1350-1415). Ambos se establecieron en Venecia, donde comenzaron a impartir clases de griego a los humanistas italianos. Coluccio Salutati (1331-1406), canceller de Florencia, elogió en sus cartas la gran labor de Cidones y Crisoloras, y envió a Jacopo Angeli da Scarperia (1360-1411) a Constantinopla con el fin de que ambos regresaran a Italia. Lo consiguió, y viajaron en 1396, estableciéndose Cidones en Venecia y Crisoloras en Florencia.

Dos años después moriría Cidones, sin haber ejercido pese a todo una gran influencia en Italia. Sin embargo, logró fomentar el surgimiento de un grupo intelectual filo-latino dentro del Imperio bizantino, que desempeñó durante años un papel activo en la promoción del acercamiento entre griegos y latinos, facilitando así que, en épocas posteriores, numerosos humanistas helenos fueran acogidos favorablemente en Italia.

Uno de estos fue el propio Crisoloras, que acabó siendo un pilar fundamental en la transmisión de la cultura griega al Renacimiento italiano, como defiende Guarino²⁰. La Signoria de Florencia le ofreció 250 florines en 1397 a cambio de que enseñara griego en la Universidad. Permaneció allí dando clases hasta 1400, fecha en la que viajó a Milán,

¹⁹ Cf. Signes Codoñer (2003) 189-246.

²⁰ Cf. Signes Codoñer (2003) 213-230.

para, al parecer, reunirse con el emperador bizantino Manuel II Paleólogo (1350-1425), al que comenzó a servir como diplomático²¹. Esta nueva ocupación le permitió viajar a grandes ciudades como París, Londres o Barcelona, expandiendo con él la lengua griega por toda Europa. Crisoloras enfocó su enseñanza principalmente en los autores clásicos paganos, a diferencia de Cídones, cuyo interés se centraba en cuestiones religiosas y teológicas. Este cambio de enfoque, alejado de las disputas doctrinales entre las Iglesias oriental y occidental, favoreció la recepción de su enseñanza entre los humanistas italianos. Gracias a su labor, comenzaron a circular y estudiarse en Italia textos de autores como Platón, Demóstenes, Tucídides, Plutarco, Luciano o Ptolomeo. Muchos de estos manuscritos llegaron desde Constantinopla, ya fuera directamente por Crisoloras o mediante mecenas florentinos como Coluccio Salutati y Palla Strozzi (1372-1462), un rico banquero y mecenas florentino, quienes, incluso con su colaboración, los adquirieron en Oriente. El mérito fundamental de Crisoloras radicó, más que en la elección específica de autores clásicos, en su innovador método de enseñanza del griego, que consistía en la lectura directa de los textos originales una vez adquiridas las nociones básicas de gramática. También elaboró una gramática griega titulada *Erotemata*, la cual adopta un formato didáctico de tipo catequético (preguntas y respuestas), que simplificaba notablemente los complejos principios teóricos y la casuística heredada de las gramáticas bizantinas tradicionales. Esta gramática, como ya se ha dicho, fue traducida posteriormente al latín por el propio Guarino. La obra de Crisoloras constituyó, en cierta medida, el referente que inspiró a Guarino en la elaboración de sus propias *Regulae grammaticales*. Su modelo de enseñanza del griego aportó al latín humanístico un impulso para acabar con los barbarismos del latín medieval y restaurar la pureza del latín clásico.

²¹ Cf. Signes Codoñer (2003) 213. No obstante, como se lee en la carta de Guarino que aquí se estudia, señala este que Crisoloras abandonó Florencia por el empeño personal del duque de Milán, que lo habría atraído a su corte con importantes beneficios económicos.

TEXTO Y TRADUCCIÓN

Guarinus Veronensis suo dilecto filio Nicolao salutem.

De proximo tuas una cum binis alteris gestatis in sinu litteras accepi, quibus miraris vel potius tacite mordes dictionem meam quibusdam ex epistulis meis quas olim paene puer lusi. Vocabula quoque nonnulla latini sermonis proprietatem minime redolentia et aliam loquendi atque eloquendi formulam prae se ferentia perpendis. Qua de re tuo de paterna scriptione iudicio gratulor; scriptis vero meis perinde ac ab inferis in lucem revolutis et ferme mihi ipsi incognitis nonnihil erubesco, quae post lethaeos haustus ad superos instar platonicae illius *παλιγγεσίας* Mercurius alter revocasti. Hoc in loco virgilianum illud venit in mentem: «Quae te tam laeta tulerunt saecula? Qui tanti talem genuere parentes?»²². Nam sicut infeliciter olim nobiscum actum erat, ut ad ineuntes usque annos nostros tantopere studia ipsa humanitatis obdormissent iacentis in tenebris, ut avitus ille romanae facundiae lepos suavissimusque scribendi flos emarcuisset et nescio quae «sartago loquendi venisset in linguas»²³, unde acerbata erat oratio, sic aetas haec «felix sorte sua»²⁴, de qua longius provehar, ut docente me temporum varietatem addiscas.

²² Verg. Aen. 1,605-606. Todas las abreviaturas utilizadas corresponden a las del *Thesaurus Linguae Latinae* para autores latinos y las del *DGE* para autores griegos.

²³ Pers. 1,80-81. Aunque en el texto latino encontramos la forma *venerit*.

²⁴ Drac. Romul. 107. Este proverbio aparece por primera vez en Dracontio, poeta africano del siglo V, sobre el mito de Hylas. Pero también lo encontramos en Giovanni Pontano (Pont. eglog. 4,73), poeta neolatino del siglo XV, quien pudo tomarlo de Guarino.

Guarino de Verona saluda a su querido hijo Nicolas.

Hace poco recibí una carta tuya junto con otras dos que porto en mi regazo, en la que te sorprendes o, mejor dicho, criticas silenciosamente mi expresión en algunas cartas mías, que hace tiempo compuse trivialmente siendo apenas un niño. También valoras algunas palabras que no reflejan la propiedad del latín y que presentan otra forma de hablar y expresarse. Por este motivo te felicito por tu juicio sobre la escritura paterna; pero me avergüenzo un poco de mis escritos, como devueltos del inframundo hacia la luz y casi desconocidos para mí mismo, que tras unos tragos leteos²⁵ trajiste de vuelta como otro Mercurio²⁶ a la vida a modo de aquella palingenesia platónica²⁷. En este punto me viene a la mente aquello de Virgilio²⁸: «¿Qué venturosa edad te nos ha dado? ¿Qué padres tan gloriosos engendraron tal hijo?»²⁹. De la misma manera que desafortunadamente había sucedido con nosotros en el pasado, que hasta nuestros primeros años los propios estudios de humanidad, que yacía en las tinieblas, habían permanecido tan profundamente dormidos, que aquella gracia ancestral de la elocuencia romana y la suavísima flor del escribir se habían marchitado y no sé qué «refrito de palabras había llegado a las lenguas»³⁰, por lo cual la elocuencia se había enrudecido, así esta edad está «feliz con su suerte», sobre la que me extenderé con más detenimiento, para que, instruyéndote yo, aprendas esta diferencia de épocas.

²⁵ Según la mitología griega el Leteo (Λήθη) era uno de los ríos del Hades; quienes se adentraban en sus aguas perdían automáticamente la memoria. Guarino culpa a estos *lethaei haustus* de borrar aquellos escritos menores de su mente.

²⁶ Dios romano de la comunicación y los viajeros. En la mitología grecorromana funcionaba como un elemento psicopompo, que acompaña a las almas de los muertos al más allá. En este caso, el hijo Niccolò adopta el papel de esta divinidad rescatando del olvido los textos del propio Guarino.

²⁷ Término griego que en filosofía expresa la reencarnación del alma. La encontramos explicada en Pl. R. 10,614.

²⁸ Virgilio es uno de los poetas más conocidos de la literatura latina. Fue protegido por el emperador Augusto, y sus obras, la *Eneida*, las *Geórgicas* y las *Bucólicas*, buscaban exaltar los valores romanos y la grandeza imperial.

²⁹ Traducción de J. de Echave-Sustaeta para la editorial Gredos.

³⁰ Traducción de R. Cortés para la editorial Cátedra.

Ignorabatur «Romani maximus auctor Tullius eloquii»³¹, «cuius ex lingua» penes maiores
15 nostros «melle dulcior fluxerat oratio»³², a qua velut e speculo Italia dicendi formarat imaginem;
solaque ciceroniana dictionis quondam aemulatio ac delectatio vehementem proficiendi causam
induxerat. In eius autem locum longo post intervallo cum Prosperos, Evas Columbas et Chartulas
irrupentes quaquaversum imbuta absorbuisset Italia, quaedam germinabat dicendi et scribendi
horrens et inculta barbaries. Uti beata quaedam tunc adorabatur ubertas, si quis ita dixisset: «Vobis
20 regratior, quia de concernentibus capitaniatui meo tam honorificabiliter per unam vestram litteram
vestra me advisavit Sapientitudo», inter has sermocinandi tenebras aliqua tamen ex naturae boni-
tate scintilla elucescebat, quae nullo duce caliginosum illum aerem avertere conaretur. Nondum
tamen, lippiscentibus oculis, illum avorum nostrorum splendorem ferre poterat; idque nobis ob-
veniebat, quod e Germania proficiscentibus in Italiam percipiendae linguae latinae causa: qui si
25 ad inculti et horridi oris populos divertant, imbibita locutionis sorde et spinosa verborum asperi-
tate offendunt potius aurem quam alliciant; sin ad innatae facundiae et ingenitae dulcedinis lin-
guas transmigrent, gustata mellitae dictionis suavitate cultus mox sermo suscipitur et vox ipsa
cygnea.

³¹ Lucan. 7,62-63.

³² Cic. Cato 31.

Se desconocía «a Tulio³³, el máximo autor de la elocuencia romana», «de cuya lengua» en manos de nuestros antepasados «la elocuencia había fluido más dulce que la miel», del cual Italia había formado una imagen del hablar como de un espejo; y en el pasado tan solo la imitación y el deleite de la dicción ciceroniana habían sido una causa activa de progreso. Pero tras un largo periodo de tiempo, al haber absorbido Italia a los *Prósperos*³⁴, las *Evas Columbas*³⁵ y las *Cártulas*³⁶, que irrumpían por todas partes, y quedar así imbuida de ellos, germinaba cierta barbarie al hablar y al escribir terrible y descuidada. Como gustaba entonces cierta fértil exuberancia, si alguien hubiera dicho así: «Os lo agradezco, porque vuestra Sabiduría³⁷ me avisó de forma tan honorable sobre lo concerniente a mi oficio como capitán mediante una carta vuestra»³⁸, entre estas tinieblas del hablar, no obstante, brillaba por la bondad de la naturaleza alguna chispa que, sin guía, intentaba disipar aquel aire nebuloso. No obstante, todavía no había podido soportar, por sus ojos cegados, aquel esplendor de nuestros abuelos; y nos sucedía lo que a los que parten desde Germania a Italia con el propósito de aprender la lengua latina: si se desvían a pueblos con una lengua descuidada y ruda, asimilada la suciedad de su habla y la espinosa aspereza de sus palabras, dañan más el oído que lo seducen; pero si emigran a lenguas de elocuencia innata y encanto natural, probada la dulzura de la meliflua expresión, enseguida adoptan ese lenguaje cultivado y su misma voz, semejante a la de un cisne.

³³ Marco Tulio Cicerón (106 a.C. – 43 a.C.) fue un político, orador, filósofo y escritor romano. Es considerado el modelo supremo del latín clásico. Su elegante estilo, ejemplo de un latín perfecto en cuanto a estructura gramatical y riqueza expresiva, marcó el estándar para generaciones posteriores, tanto en Roma como en el Renacimiento. G. A. Kennedy en su obra *The Art of Rhetoric in the Roman World* dedicó un capítulo, "Cicerón y la tradición retórica en Occidente" (pp. 149-300), a demostrar su gran influencia en la posteridad. Sobre su imitación y emulación en el Renacimiento véase también A. Fantazzi 2014 (pp. 141-153).

³⁴ Los *Epigrammata* de Próspero de Aquitania, datados entre 440 y 455 d.C., fueron uno de los textos escolares más extendidos durante el Medievo.

³⁵ Así comienza el *Dittochaeon* de Prudencio, un poema escolar, datado entre los años 400 y 405 d.C., que fue muy utilizado en la educación medieval.

³⁶ Inicio del poema escolar *De contemptu mundi*: aunque su autoría es anónima, fue bastante conocido en la Edad Media. Guarino decide poner estos tres títulos como ejemplo de barbarie medieval frente al latín clásico que él pretende restaurar en su tiempo. Extenderemos esta idea en el comentario.

³⁷ *Vestra Sapientitudo* se utiliza como un título honorífico o una forma de tratamiento respetuosa, usado históricamente para dirigirse a personas de gran erudición o autoridad intelectual.

³⁸ Este fragmento es una invención de Guarino, en la que imita el estilo medieval, que considera bárbaro y demasiado sobrecargado. Sobre ello se volverá en el comentario.

Mercurius interea, ut poetae aut astrologi dicerent, immo, ut verius christiana de fide lo-
30 quar, Mercurii creator Dominus et moderator deus, nostram miseratus imperitiam, Manuelem
Chrysoloram misit ad nos, virum omni doctrinarum copia abundantissimum, in quo nescias scien-
tiane magis an virtus eniteret: utrum in eo perpendas, altero maius dices, et profecto nec laude
crescere nec taciturnitate minui poterit. Quocunque ibat, suus ut dies festus celebrabatur adventus:
gratus imperatoribus, acceptus pontificibus Romanis, exoptatus populis veniebat. Diceres missum
35 e caelo in terras hominem. Is delatus Florentiam quasi reflorescentis eruditionis auspicium et
magnificentissimae civitatis delectatus hospitio, ibi sedem habuit multis conditam honoribus nec
parvis fructibus laetissimam, ut, quae artium egregiarum munditiarumque ac expolitionis parens
altera semper extitisset, ea ex urbe coeperit, sicuti Triptolemus alter, litterarum fruges per nos-
trorum ingenia dispertiri et nostrates ad colendum animare, unde germinantia late semina brevi
40 fructus mirificos edidere. Sensim augescens humanitas veteres, ut serpens novus, exuvias depo-
nens pristinum vigorem reparabat, qui in hanc perdurans aetatem Romana portendere saecula vi-
detur. Contigit igitur quod de suis civibus Tullius factum affirmat: «Post autem auditis oratoribus
Graecis cognitisque eorum litteris adhibitisque doctoribus incredibili quodam nostri homines di-
cendi studio flagrauerunt»³⁹. Huic itidem rei conducit scitum illud de Catone maiori testimonium:
45 «Qui si eruditius videbitur disputare quam consuevit in suis ipse libris, attribuito litteris Graecis,
quarum constat perstudiosum fuisse in senectute»⁴⁰. Longa itaque desuetudine infuscatus ante
Latinus sermo et inquinata dictio Chrysolorinis fuerat pharmacis expurganda et admoto lumine
illustranda.

³⁹ Cic. de orat. 1,4.

⁴⁰ Cic. Cato 3.

Mientras tanto, Mercurio, como dirían los poetas o los astrólogos, es más, por hablar con más verdad de la fe cristiana, el Señor, creador de ese Mercurio y Dios todo poderoso, habiéndose compadecido de nuestra ignorancia, nos envió a Manuel Crisoloras⁴¹, hombre colmado de toda abundancia de saberes, en quien no sabrías si brillaba más el conocimiento o la virtud: cualquiera de ambos, que en él valores, dirás que es mayor que el otro, y ciertamente ni podrá aumentarse con elogios ni disminuirse con el silencio. A donde quiera que fuera, su llegada era celebrada como un día festivo: llegaba bien acogido por los gobernantes, querido por los pontífices romanos y deseado por el pueblo. Dirías que era un hombre enviado del cielo a la tierra. Este, llevado a Florencia como presagio de la erudición que volvía a florecer y deleitado por la hospitalidad de una ciudad muy esplendorosa, allí estableció su sede, fundada en muchos honores y abundantísima en no pequeños frutos, de modo que desde esa ciudad, que siempre había sido como una segunda madre de las artes ilustres, de la elegancia y de la belleza, empezó, como otro Triptólemo⁴², a repartir los frutos de las letras entre las capacidades de los nuestros y a incitar a nuestros compatriotas a cultivarlas, por lo cual esas semillas, que germinaban abundantemente, produjeron maravillosos frutos en poco tiempo. Desarrollándose poco a poco, la humanidad, que se desprendía de sus viejas pieles, como una joven serpiente, recuperaba el vigor primitivo, que, tras perdurar hasta esta época, parece presagiar los siglos romanos. Así pues, sucedió lo que Tulio afirma que ocurrió con sus conciudadanos: «Mas después de oír a los oradores griegos y conocer por escrito sus discursos y cuando se hicieron con sus maestros, nuestros hombres ardieron en una especie de increíble pasión por hablar bien⁴³». Asimismo, a esta cuestión le cuadra aquel conocido testimonio sobre Catón el Viejo⁴⁴: «Si te parece que diserta más eruditamente de lo que acostumbra él mismo en sus libros, lo atribuirás a las letras griegas, de las que consta que él fue muy estudioso en su vejez»⁴⁵. Así pues, el latín, oscurecido antes por un largo desuso, y su corrupta expresión habían de ser purgados con los medicamentos crisolorinos y alumbrados con la aplicación de su luz.

⁴¹ Manuel Crisoloras fue un erudito bizantino, conocido por ser uno de los principales introductores del griego clásico en Europa occidental durante el Renacimiento. Guarino nos lo presenta como un enviado divino que trae luz al mundo, para los cristianos sería un regalo de Dios, mientras que para los poetas y astrólogos sería Mercurio quien lo habría enviado. La combinación de ritos y plegarias astrológicas con un lenguaje poético que aún respetaba a los dioses clásicos alimentó la impresión de que estos intelectuales no habían abandonado del todo la religiosidad pagana.

⁴² Triptólemo es un héroe mitológico hijo de Céleo y Metanira, rey y reina de Eleusis. Fue favorecido por la diosa Deméter, quien le enseñó el arte de la agricultura, específicamente el cultivo del trigo. Triptólemo es considerado el primer agricultor y un civilizador que trajo el conocimiento agrícola a la humanidad. Guarino nos presenta en este párrafo una metáfora agrícola, comparando la figura de Crisoloras, como difusor de las letras griegas en Occidente, con la de Triptólemo.

⁴³ En la traducción de J. J. Iso para la editorial Gredos, aquí reproducida, se lee “aprender”, pero el texto de Guarino dice *dicendi*, que es lo que traen los manuscritos, y no *discendi*, conjetura de Leeman y Pinkster (1981).

⁴⁴ Se refiere a Catón el Viejo o Catón el Censor. Fue uno de los políticos y escritores romanos más relevantes durante los siglos III-II a.C., es especialmente conocido por su rigidez moral, su conservadurismo y su férrea defensa de las tradiciones romanas. Guarino introduce esta cita para demostrar que incluso Catón, que se opuso con tenacidad al filohelenismo durante toda su vida, se empeñó de viejo en leer a los clásicos griegos y mejorar con ellos su oratoria.

⁴⁵ Traducción de A. Roche para la editorial Biblioteca Nueva.

Ne feras gravate, Nicolae fili, si resurgentis disciplinae limationis originem et paternam
50 commonstro diligentiam simul et peregrinationem, quam ipse per aetatem ignorabas, ut posteris
prodas et ad studia calcar accipias. Seniori deinde Mediolani duci Iohanni Galeaz, augustae sane
dignitatis principi, Manuel mirum desideratus in modum et grandioribus accitus praemiis fuit,
quia suorum familiarium honestamento solus ille cumulus deesse videbatur et laudi, cum dux ipse
incredibiliter gloriae avidus esset. Eo dehinc mortuo redeuntem in patriam Chrysoloram subsecu-
55 tus sum, ut discendi ardoribus anhelantem instrueret erudiret informaret, modo id assequi potuis-
sem. Hoc in tempore, ut initio dixi, cantare virgilianum potes illud: «Quae me tam laeta tulerunt
saecula»⁴⁶, in quibus politiora iam studia non solum nostrates sed etiam exterarum nationes occupant.
Ad paratam, ut dicitur, mensam accessisti, ubi reiecto putamine mundum ac delicatum nucleum
esse potuisti. Post tot percursos oratores et poetas aliosque scriptores, qui ubique iam leguntur,
60 emendatum purissimumque nactus es sermonem; quae quidem ab exordio res mihi nequaquam
obtigit. Iam non hominum, sed aetatis laus esse incipit, ut disertis dicantur homines latinaque
sermocinatio; nec tam bene dicere commendatio est, quam male convitium; plusque latine nunc
loqui decet, quam pridem barbare dedecebat.

⁴⁶ Cf. *supra* l. 9: Verg. Aen. 1,605.

No te lo tomes a mal, Niccolò, hijo mío, si expongo el origen de una disciplina que resurge más limada, el cuidado y asimismo el viaje de tu padre, que tú mismo ignorabas debido a tu edad, para que lo transmitas a la posteridad y lo recibas como estímulo para tus estudios. Manuel fue requerido de manera asombrosa por el señor y, luego, duque de Milán, Gian Galeazzo, príncipe sin duda de augusta dignidad, y fue hecho llamar con muy grandes recompensas, porque solo aquella culminación parecía faltar a la honra y al prestigio de su familia, al ser el propio duque increíblemente ansioso de gloria⁴⁷. Después, muerto este, acompañé a Crisoloras de regreso a su patria⁴⁸, para, jadeante por los ardores de aprender, instruirme, educarme y formarme, siempre que hubiera podido conseguirlo. En este tiempo, como dije al principio, puedes cantar aquello de Virgilio: «¡Qué venturosa edad te nos ha dado!», en la que los estudios más refinados ya no solo ocupan a nuestros compatriotas, sino también las naciones extranjeras. Como se dice, has llegado a mesa puesta, donde has podido comer, pelada ya la cáscara, un fruto limpio y delicioso. Tras tantos oradores, poetas y otros escritores que ha habido, que ya son leídos en todas partes, has conseguido un lenguaje correcto y purísimo; cosa que, por lo menos al principio, a mí no me sucedió en modo alguno. Empieza ya a ser un elogio no de los hombres, sino de la época, que los hombres sean llamados elocuentes y la conversación latina; y hablar bien no es tanto una alabanza como hablar mal es un insulto; y ahora es más honroso hablar en latín, que antes deshonesto hablar como un bárbaro⁴⁹.

⁴⁷ Gian Galeazzo Visconti fue un duque de Milán y uno de los personajes más poderosos y ambiciosos de Italia en el siglo XIV. Fue el primer miembro de la familia Visconti en obtener el título de duque y gobernó un vasto territorio en el norte de Italia. Guarino no parece mostrar mucha simpatía por él al describirlo como *incredibiliter gloriae avidus*.

⁴⁸ A partir de su encuentro con Manuel Crisoloras, Guarino tomó la decisión en 1403 de ir a Constantinopla para aprender griego. Pasó en Grecia un lustro hasta su regreso a Venecia en 1408.

⁴⁹ Guarino presenta una clara oposición entre *latine* y *barbare*. Para los antiguos eran bárbaros quienes no hablaban su lengua, y se utilizaba el término, que tiene un origen onomatopéyico, en sentido despectivo. Hablar bien latín era signo de civilización y progreso, por eso Guarino siente que la época pasada estaba más atrasada culturalmente al no darse mucha importancia hablar “como los bárbaros”.

65 Eapropter, carissime fili, siquid improprie ineruditeque scriptum a me olim fuisse de-
prehendis, cogitare debebis id prioris saeculi vitium et depravatum fuisse morem. Proinde tu quasi
balbutientem patris infantiam risu complectaris, quam derideas aut contemnas; nec vero lactenti-
bus de labiis eruditionem exigas, quam adulta et grandior profiteri debet aetas. Nonne, «si parva
licet componere magnis»⁵⁰, vides alio Ennium alio modo cecinisse Virgilium? alio item Censo-
rium alio genere orasse et scriptitasse Ciceronem? non eo Fabium Pictorem modo quo T. Livium
70 res gestas posteritati commendasse? Sic qui blaese balbeque mutire puer impune solitus erat, idem
graviter et ornate dicere iam potest.

Haec sunt quae tecum vertens mirari de meis iam scriptis desines et varietatem censorio
non insectaberis iudicio. Vale.

E Ferrara III kal. sept. MCCCCLII.

⁵⁰ Verg. georg. 4,176

Por esto, queridísimo hijo, si descubres que algo fue escrito un día por mí de manera impropia e ignorante, deberás pensar que esto fue un vicio y una costumbre corrupta de la época anterior. Por tanto, acoge tú con risas la infancia, casi balbuciente, de tu padre, de la que te burlas o desprecias, pero no exijas de labios lactantes la erudición, que debe mostrar la edad adulta y más avanzada. ¿No ves, «si se puede comparar lo pequeño con lo grande»⁵¹, que Ennio⁵² había compuesto poesía de una manera y Virgilio de otra? ¿Que Catón, asimismo, había disertado y escrito con un estilo y Cicerón con otro? ¿Que Fabio Píctor⁵³ no había encomendado los hechos a la posteridad del mismo modo que Tito Livio⁵⁴? Así quien, siendo un niño, solía mascullar impunemente con balbuceos y tartamudeos, ese mismo ya puede hablar con rigor y elegancia.

Esto es lo que, si le das vueltas contigo mismo, hará que dejes de sentir asombro de mis cosas ya escritas y de atacar su diferencia con un juicio digno de un censor. Cuídate.

Desde Ferrara, 29 de agosto de 1452.

⁵¹ Traducción de T. Recio García y A. Soler Ruiz para la editorial *Gredos*.

⁵² Ennio fue un poeta y escritor romano de los siglos III-II a.C., considerado el padre de la poesía épica romana. Su obra más conocida son los *Annales*.

⁵³ Fabio Píctor fue el primer historiador romano conocido, activo a fines del siglo III a.C.

⁵⁴ Tito Livio fue un historiador romano, cercano a Augusto, célebre por su obra monumental *Ab urbe condita*, donde narra la historia de Roma desde su fundación hasta su época.

COMENTARIO

INTRODUCCIÓN

A continuación, realizaremos un análisis detallado y exhaustivo de la carta, abordándola desde distintas perspectivas que permitan una comprensión más profunda de su contenido, intenciones y contexto. Lejos de limitarse a una traducción, este trabajo buscará desentrañar los elementos fundamentales que componen la epístola, prestando especial atención tanto a sus características formales como a sus implicaciones históricas, literarias y lingüísticas.

Para lograr tal propósito, hemos estructurado este comentario en tres apartados principales. En primer lugar, se examinará el contenido y la estructura de la carta, con el fin de identificar su organización interna, los temas centrales abordados y el desarrollo argumentativo de Guarino. En segundo término, se analizarán las fuentes utilizadas y aludidas en la carta, tanto explícitas como implícitas, con el objetivo de situar el texto en su tradición intelectual y evaluar la intertextualidad presente. Por último, se estudiará la lengua y el estilo empleados, atendiendo a los recursos retóricos, el nivel formal, el léxico y otros aspectos lingüísticos que revelan la intención comunicativa y el estilo particular de Guarino.

CONTENIDO Y ESTRUCTURA DE LA CARTA

La carta 862 de Guarino de Verona, compuesta en 1452, es una respuesta a una carta previa de su hijo Niccolò, en la que criticaba el registro estilístico observable en ciertas misivas redactadas por Guarino durante su juventud. Este consideraba que el estilo de su padre era más propio de la tradición medieval, principalmente influenciada por el *ars dictaminis*, que del humanismo clasicista, que ya empezaba a imperar en ese tiempo.

Como ya vimos en la Introducción, la teoría epistolar clásica, conformada por la larga tradición retórica grecorromana, estructuraba toda epístola en cuatro partes bien diferenciadas: la *salutatio*, el *exordium*, la *narratio* y la *valedictio*. Esta carta podría adscribirse perfectamente a esta división, y así se mencionará cuando sea pertinente. Sin embargo, con el objetivo de facilitar el análisis y la comprensión de la epístola, vamos a realizar nuestro comentario siguiendo por orden los cinco párrafos o partes en que ya Sabbadini la dividió, y que aquí hemos respetado.

Parte primera

La *salutatio* (l. 1), con la que se abre la carta, sigue el modelo típico de las epístolas latinas, con el remitente expresado en nominativo, *Guarinus Veronensis*, y el destinatario en dativo, *suo dilecto filio Nicolao*. Se aprecia, en primer lugar, la elisión del verbo en la oración que, a tenor del complemento *salutem* y de acuerdo con la fórmula habitual, seguramente habría que suplir *dicit*. Este es un rasgo común en la epistolografía, género en el que se utilizan frecuentemente abreviaciones y elipsis.

El primer párrafo de la carta puede funcionar en su primera mitad (l. 2-8: *De proxumo... alter revocasti*) como un *exordium*, en el que Guarino nos expone sus justificaciones para escribir la epístola. Tras recibir una carta de Niccolò, en que enjuiciaba el estilo de su padre, Guarino se defiende diciendo que los escritos criticados fueron composiciones de menor importancia a las que no dedicó gran esfuerzo en su mocedad.

Sobre Niccolò sabemos más bien poco; de hecho, tan solo podemos acercarnos a su biografía y pensamiento a través de las menciones de su padre. Conocemos que fue el hijo menor de Guarino Guarini y Taddea Cendrata por alusiones como *Nicolaus puellus meus minor nonnihil pugnat cum vermibus*⁵⁵ o *Nicolaus puellus minor dentibus nascentibus et vermibus admodum laboravit*⁵⁶. Gracias a la repetida mención de estos *vermes*, los cuales Guarino señala como causa de malestar para su retoño, podemos conjeturar que Niccolò probablemente sufrió parásitos intestinales, muy comunes en la infancia en esa época. Además, Guarino menciona en varias cartas que su hijo estaba padeciendo fuertes fiebres: *nisi puer Nicolaus febre detineretur*⁵⁷, o *Nicolaus expulsa febre tanta laborat fame*⁵⁸. La continua preocupación de Guarino por el estado de salud de su hijo nos indica que Niccolò tuvo una constitución más bien enfermiza en su niñez. Además, esta imagen que nos da Guarino de padre preocupado explica la buena relación padre-hijo que perdura hasta el momento de la redacción de la carta, cuando Niccolò ya es un joven adulto.

Respecto a la epístola, debemos señalar el uso metafórico de *mordes* con el sentido de criticar, entendiendo el verbo como “un mordisco” a la retórica principiante de Guarino. También es destacable el uso del verbo *ludere* (l. 3: *quas olim paene puer lusi*), utilizado como componer cosas menores o literalmente “como un juego”. Encontramos más veces esta acepción en el *Epistolario*, por lo que parece que esta era una expresión querida a Guarino. Un ejemplo de este uso es *Per teneros carmen lusi iuveniliter annos*⁵⁹;

⁵⁵ Guar. epist. 516 (II 19, l. 37). “Niccolò, mi benjamín, lucha un poco contra los gusanos”.

⁵⁶ Guar. epist. 519 (II 23, l. 36-37): “Niccolò, mi niño pequeño, sufrió mucho por la salida de los dientes y por los gusanos”.

⁵⁷ Cf. Guar. epist. 521 (II 26, l. 33-34): “Si mi niño Niccolò no estuviera aquejado de fiebre”.

⁵⁸ Cf. Guar. epist. 533 (II 38, l. 10): “Niccolò, tras haber expulsado la fiebre, padecía de tanta hambre”.

⁵⁹ Cf. Guar. epist. 589 (II 117, l. 59): “Durante mis tiernos años compuse como un joven un poema sin gran pretensión”.

o también con el preverbio adlativo: *Maro sepe iocosis versibus allusit*⁶⁰. Esta acepción del verbo *ludo*, de hecho, parece ser un eco virgiliano, pues en las *Bucólicas* encontramos *Ludere quae vellem, calamo permisit agresti*⁶¹, aunque aquí referido a tocar y no a componer. Además, la construcción *nonnulla vocabula...minime redolentia* (l. 4-5) expresa que algunas palabras utilizadas por Guarino en sus cartas juveniles no desprendían olor o, mejor dicho, no “olían a latín”, ya que en su juventud Guarino no había tenido desde el principio una gran formación en el latín clásico, como la pudo tener Niccolò.

Ante esta lluvia de críticas, Guarino, para así salir del paso, decide utilizar la ironía con la frase *tuo iudicio gratulor* (l. 5-6). Realiza una ornamentada metáfora mitológica en *scriptis vero... alter revocasti* (l. 6-8), en la que culpa a las amnésicas aguas del río Leteo de hacerle olvidar aquellos torpes textos que había compuesto en su juventud. Compara a su hijo con el dios Mercurio, que en la mitología grecorromana era un elemento psicopompo que ayudaba a las almas a viajar desde el mundo de los vivos al Hades. Por tanto, Niccolò habría recuperado aquellos escritos, que Guarino consideraba motivo de vergüenza (*nonnihil erubesco* [l. 11]), mediante el procedimiento opuesto, haciéndolos emerger desde el inframundo hasta la Tierra. Por otra parte, el autor parangona esta “nueva vida”, que le está dando Niccolò a sus textos, con la idea platónica de la palingenesia, en la cual existe un ciclo de reencarnación de las inmortales almas como parte de la justicia cósmica⁶².

A partir de aquí, Guarino expone el argumento central de su epístola: el diferente estado de la cultura y las letras clásicas que se vive en la generación de su hijo, brillante y esperanzador, y el que se vivió durante la infancia y juventud del autor, deteriorado y apagado. Guarino cita a Virgilio para evidenciar a su hijo lo afortunado que es por vivir en una época en la que se cultivan las humanidades, ya que en los tiempos en los que estudiaba Guarino no estaba tan extendido el humanismo y era más complicado acceder a las fuentes clásicas originales. Culpa a los tiempos pasados, en los que el escolasticismo medieval dominaba la educación, de corromper la elocuencia de los autores latinos clásicos. Para remarcar esta idea utiliza una metáfora, *scribendi flos emarcuisset* (l. 11), extraída del mundo de la botánica, para modelar una imagen de la deplorable situación en la que estaba el arte de escribir durante la juventud de Guarino. Finaliza el párrafo instando a su hijo a comprender esta gran desigualdad cultural, para lo que introduce dos

⁶⁰ Cf. Guar. epist. 744 (II 355, l. 35-36): “Marón a menudo se divirtió con la composición de versos jocosos”.

⁶¹ Verg. *Ecl.* 1.10: “Él fue quien permitió que yo mismo, con rústica zampoña, cantase lo que me viniera en gana”, traducción de Tomás de la Ascensión Recio García y Arturo Soler Ruiz para la editorial *Gredos*.

⁶² Cf. Eggers (1971) 56-65.

referencias clásicas no expresas, que emplea estratégicamente con el fin de reforzar el contraste literario y lingüístico entre ambos periodos históricos. El empleo del satirógrafo Persio (34-62) en *sartago...in linguas* (l. 12) enfatiza la desvirtuación del latín que se produjo con la caída del Imperio romano, mezclando la lengua clásica con vulgarismos y expresiones locales. A diferencia de la referencia anterior a Virgilio, en la que se cita expresamente al autor, Guarino introduce a lo largo de la carta diversas alusiones, como esta de Persio, a grandes poetas latinos sin mencionarlos explícitamente, pues los consideraba tan familiares que confiaba en que su interlocutor, instruido en la literatura clásica, sabría reconocer las referencias por cuenta propia. Por su parte, el uso del proverbio antiguo *felix sorte sua* (l. 14) demuestra la “envidia” que siente Guarino por la época de esplendor cultural en la que se ha desarrollado su hijo.

Parte segunda

El segundo párrafo de la carta desarrolla su contenido central, apuntado ya, como se ha visto, al final del párrafo previo: la oposición de épocas entre la juventud de Guarino y la de su hijo. En *Romani...eloqui* (l. 14), comienza introduciendo una cita no expresa del poeta hispano Marco Anneo Lucano (39-65), quien presenta en el libro séptimo de la *Farsalia* a Marco Tulio Cicerón en disposición de pronunciar un discurso motivacional ante las tropas pompeyanas. Alusiones como esta de Lucano demuestran la gran admiración que se tenía por el arpinate ya en el siglo primero, apenas unas décadas después de su muerte. Su legado es tal, que ha sido tomado como modelo del latín clásico a lo largo de toda la historia, desde la Antigüedad misma, como nos muestra Lucano, hasta el humanismo italiano. Guarino, de hecho, lo ha leído a fondo y lo cita en múltiples ocasiones, como veremos a lo largo de esta carta. De este modo, el autor lamenta que se ignorara a Cicerón, lo que manifestaba el pobre nivel cultural que había en su época. Para alabar aún más al orador romano, Guarino se vale de nuevo de una cita no expresa en *cuius ex lingua...oratio* (l. 14-15) extraída del tratado *De senectute* del propio Cicerón. En ella se pone a Cicerón como antecedente de la oración de relativo para ensalzar su, nunca mejor dicho, meliflua retórica (*melle dulcior*), aun cuando en el texto original la frase se refería a cómo Homero había calificado a Néstor. Además, Guarino considera que el estudio y la imitación de Cicerón fue una de las principales razones del progreso de la sociedad antigua, convirtiendo el imperio romano en un ejemplo de habla correcta y modélica, clara como un “espejo” (l. 15-17: *a qua...induxerat*). Encontramos aquí, por lo demás, el uso

retórico de una sinécdoque, al utilizar *Italia* como la parte por el todo, en este caso el Imperio romano, en cuya plena extensión se hablaba latín.

Tras esta época de esplendor, Guarino describe en *In eius autem loco... inculta barbaries* (l. 17-19) la degradación que sufrió la lengua latina por culpa de la influencia de la educación escolástica, que se extendió por Europa y caló hondo en la sociedad medieval. Menciona tres conocidos textos medievales, que representan este modelo educativo: *Prosperus*, *Eva Columba* y *Chartula*. El *Próspero* de Guarino se refiere a los *Epigrammata* de Próspero de Aquitania (390-455), que fueron una colección de versos breves en dísticos elegíacos, compuestos con el propósito de resumir y difundir doctrinas cristianas, especialmente las enseñanzas de San Agustín. Petrarca, como indica Sabbadini⁶³, lo menciona en una de sus cartas: *Ab ipsa pueritia, quando ceteri omnes aut Prospero inhiant aut Esopo, ego libris Ciceronis incubui*; lo que nos muestra lo común que al menos el texto de Próspero era en su época⁶⁴. *Eva Columba* es el nombre con el que se conocía el *Dittochaeon* de Aurelio Prudencio Clemente (348-413), ya que este comenzaba con la frase *Eva columba fuit*. Este era un poema escolar, conformado por una colección de 49 epigramas en latín que acompañaban representaciones pictóricas de escenas bíblicas, organizadas en un programa iconográfico cristiano-didáctico. Por último, la *Chartula* era el sobrenombre del poema anónimo *De contemptu mundi*, que comenzaba con *Chartula nostra tibi mittit Raynalde salutem*. Suele datarse en la primera mitad del siglo XII y se atribuye unas veces a san Bernardo de Claraval (1090-1153) y otras a Bernardo de Morlaix⁶⁵. Guarino elige estos tres títulos para ilustrar la decadencia del latín durante la Edad Media, en contraste con el latín clásico que él busca recuperar. Para él estos textos representaban un latín tosco y descuidados, cercano al habla de los bárbaros (*quaedam... dicendi et scribendi horrens et inculta barbaries*).

Guarino bromea en el fragmento *Vobis... Sapientitudo* (l. 19-21), al escribir un supuesto testimonio medieval con el gusto que se tenía en esa época por recargar la lengua con un estilo abigarrado, en contraposición con la claridad clásica. Podemos identificar en el fragmento ciertos rasgos de estilo, estructura y vocabulario que los humanistas

⁶³ Cf. Sabbadini (1919) 462.

⁶⁴ Cf. Petr. sen. XV 1. "Desde la misma infancia, cuando todos los demás se entusiasman con *Próspero* o con Esopo, yo me entregaba a los libros de Cicerón".

⁶⁵ Gasparo Veronese (1418-1466), quien fue un influyente humanista y profesor universitario coterráneo de Guarino, comentó al respecto: *Non enim probe didicerunt grammaticam nec Priscianum lectitarunt; nil enim aliud legerunt quam "Chartula nostra tibi mittit Raynalde salutem" et "Tres leo naturas et tres habet inde figuras" et "Eva columba fuit"* (Sabbadini [1919] 462). *Tres leo naturas et tres habet inde figuras* es el inicio del *Physiologus*, un influyente bestiario de la Antigüedad tardía.

asociaban con el latín medieval y que, cuando escribían, trataban de evitar deliberadamente⁶⁶. Sin embargo, como vemos aquí, Guarino podía dominar y emplear distintos niveles de lenguaje según el contexto en que escribiera. Uno de los rasgos que llaman la atención en este fragmento es el repetido uso de la segunda persona del plural (*Vobis, vestram* y *vestra* [l. 19-21]), cuando se debería utilizar la segunda persona del singular para tratar a un único individuo. A continuación, el verbo *regrator* (l. 20), común en el latín medieval, es considerado “bárbaro” por algunos autores como Lorenzo Valla, que propone *agere gratias* como una opción más clásica para agradecer algo, literalmente *Agere gratias est verbo; quod quidam barbaramente dicunt, ‘regrator’*⁶⁷. En el ejemplo de Guarino, el verbo *concerno* (l. 20) se usa con el sentido que hoy en día es habitual en español o italiano, es decir, ‘concernir’ o ‘hacer referencia a’, un significado que se desarrolló durante la Edad Media. Sin embargo, en el latín clásico *concerno* significaba ‘mezclar’ o ‘combinar’, aunque cabe destacar que este verbo solo se usó en época imperial. Al igual que ocurría con *regrator*, este uso de *concerno* podría haber sido mal visto por Guarino por dos razones: por un lado, su origen medieval, y por otro, su influencia del lenguaje popular o vernáculo. Además, desde la perspectiva del latín correcto, el participio *concernentibus* debería estar acompañado por un sustantivo que lo rijan, como *rebus*. *Capitaniatus* tampoco es una palabra clásica, sino un término vernáculo latinizado. Ocurre lo mismo con el término *honorificabiliter*: el sufijo *-biliter*, derivado de adjetivos en *-bilis*, fue muy productivo en el latín medieval y se utilizó para crear innumerables neologismos. Al igual que *concernentibus*, entendemos de inmediato *advisavit* (l. 21), porque se usa en las lenguas modernas con el mismo significado de ‘advertir’ o ‘avisar’ que tiene aquí; sin embargo, ese significado no es clásico, pues para ello se usaría mejor *certiorem facere* o *significare*. En el sintagma preposicional *per unam vestram litteram* (l. 20), resulta chocante que aparezca *litteram* en singular para designar una carta; en latín clásico debería estar en plural, pues en singular significaría letra. Así como explicamos en *honorificabiliter*, el sustantivo *sapientitudo* lleva un sufijo que fue productivo en el latín medieval, y varias palabras terminadas en *-tudo* han pasado a las lenguas vernáculas, como por ejemplo *gratitudo*. La palabra *sapientitudo* no es antigua, y quizá pueda haber sido creada por el propio Guarino, pues ya la había usado una vez, casi cuarenta años antes, en una invectiva en forma de poema dirigido contra Niccolò Niccoli⁶⁸.

⁶⁶ Seguimos el análisis de Pade (2014) 5-19.

⁶⁷ Valla eleg. 6.13, 606-607. Lo recogemos aquí por la mención de Pade (2014) 6.

⁶⁸ Cf. Guar. epist. 17 (l. 37, l. 147).

Estos ejemplos, en definitiva, muestran intencionadamente algunos de los rasgos que los humanistas asociaban con el latín medieval y consideraban reprobables, tanto en el plano léxico, como en el sintáctico o el estilístico. Sin embargo, Guarino vislumbra un rayo de esperanza entre toda esta rudeza retórica cuando dice *inter has semocinandi tenebras... conaretur* (l. 25-26), pues en una época en que se había perdido el contacto con la claridad y perfección del latín clásico, aún podían surgir frases o giros que recordaran, aunque pálidamente, la elegancia antigua. Mas advierte también en *Nondum tamen... ferre poterat* (l. 27) que sus contemporáneos no estaban en condiciones de sostener ni apreciar ese resplandor, pues les resultaba excesivo e inabordable, como una luz demasiado intensa para ojos desacostumbrados a ella.

La parte final del párrafo (*idque... cygnea* [l. 23-28]) ofrece una comparación entre lo que sucedió a los contemporáneos de Guarino al descubrir a los clásicos y adquirir una profunda educación humanista y lo que les ocurre a los estudiantes provenientes del norte de Europa, que viajan a Italia para aprender la lengua latina. Ambos, en efecto, se sorprenden ante la belleza y elegancia de la elocuencia clásica y quieren profundizar en ella, pero deben tener cuidado de no intentar aprenderla en zonas donde se hable un latín descuidado, pues pueden adquirir todos sus vicios y defectos. Al contrario, deben estudiar la lengua de sabios maestros en regiones donde se tenga el buen hábito de hablar latín, para aprender correctamente ese lenguaje elegante, que a su vez les permita acercarse al conocimiento de los clásicos. Gracias a este ejemplo podemos observar que en el Renacimiento se tenía la idea de que los pueblos mediterráneos eran los descendientes directos del Imperio romano, manteniendo un grado alto de cultura y un dominio natural de la lengua, mientras que las naciones de la Europa septentrional tenían una lengua más ruda, por lo que buscaban aprender el latín viajando a Italia. Guarino utiliza el adjetivo *cygnea* por las blancas y atildadas plumas de los cisnes, en metáfora que subraya la pulcritud lingüística de los pueblos que siguen usando un buen latín.

Hasta este punto podemos observar el vasto número de términos que introduce Guarino para hablar de la lengua: *dictio*, *sermo*, *scriptio*, *facundia*, *oratio*, *lingua*, *locutio*, *verba* y *vox*. Este rico léxico metalingüístico ayuda a Guarino a describir con detalle la opuesta realidad lingüística que hay entre la generación de su hijo y la suya propia. Además, se usan continuamente los *verba dicendi*, que expresan actos de habla, comunicación o expresión verbal: *loquor*, *eloquendi*, *dico*, *scribo*, *sermocinor*. Muchos de ellos, en todo caso, funcionan como sinónimos, pues apenas les diferencian algunos pequeños matices de significado.

El tercer párrafo de la carta es el más extenso en contenido. En él, Guarino nos narra cómo esa minúscula chispa, que se entreveía entre las tinieblas, se materializa y trae de vuelta la cultura al mundo. El inicio del párrafo (*Mercurius... minui poterit* [l. 29-33]) nos presenta en un extenso periodo a Manuel Crisoloras, ensalzando al griego y destacando sus virtudes. Guarino le considera un enviado divino, pues su gran labor como maestro de griego clásico en una Italia que desde hace tiempo tenía esta lengua en desuso se contempla como un milagro enviado por los dioses; para los paganos lo envía el dios Mercurio, mientras que para los cristianos es enviado por el Señor para traer luz a la humanidad. Guarino aclara *ut poetae aut astrologi dicerent*, porque se consideraba que los intelectuales, embebidos de cultura antigua, seguían usando las referencias de la religión pagana e incluían gran cantidad de alusiones mitológicas en sus obras. Asimismo, los astrólogos utilizaban nombres de divinidades y personajes de la mitología grecolatina para nombrar los planetas y las constelaciones, que usaban a veces para predecir los hechos futuros y conocer el carácter de las personas. Para los cristianos Dios, conmovido por la pobre situación cultural de los humanos, envió a Crisoloras para solucionar esta coyuntura, porque era el hombre más sabio y virtuoso del momento. Crisoloras fue una personalidad muy respetada por su fama como erudito y transmisor de las letras griegas. Era recibido tanto por el pueblo, como por las autoridades políticas y religiosas, con una cálida acogida en todas las ciudades, como indica Guarino en *Quocunque ibat... veniebat* (l. 33-34).

Alude luego Guarino al segundo viaje de Crisoloras a Florencia el 2 de febrero de 1397 (*Is delatus... edidere* [l. 35-40]), en el cual viajó solo, en calidad de profesor de la Universidad, a diferencia del primer viaje, que realizó de la mano de su maestro Demetrio Cidones, quien fue pionero en difundir la lengua griega por Italia⁶⁹. Se instaló en la ciudad y permaneció ejerciendo como maestro de griego con un sueldo de 250 florines hasta 1400, cuando, a los tres años de su llegada, se trasladó a Milán, como veremos más adelante. Gracias a Crisoloras se empezaron a conocer en su lengua original a autores griegos paganos como Platón, Tucídides, Plutarco o Demóstenes, ya que en ese momento estaba llegando a Italia gran cantidad de manuscritos procedentes de Constantinopla, muchos de ellos de la mano del propio Crisoloras⁷⁰. Guarino destaca Florencia como cuna de las

⁶⁹ Cf. Signes Codoñer (2003) 201-213.

⁷⁰ Cf. Signes Codoñer (2003) 213-215.

artes, pues fue un gran centro cultural en los siglos XIV y XV, sobre todo en las artes plásticas, pero también en las letras y en la propia industria libraria. Fue hogar de importantes humanistas como Giovanni Boccaccio, Leonardo Bruni, Niccolò Niccoli o Coluccio Salutati, quien, como canciller, consiguió atraer a Crisoloras a la ciudad para que enseñara y difundiera la lengua griega. En este mismo fragmento, y mediante una ornamentada metáfora agrícola, Guarino compara a Crisoloras con el héroe mitológico Triptólemo⁷¹. Este personaje, hijo de Céleo y Metanira, fue rey de Eleusis y es conocido por ser considerado el primer agricultor. La diosa Deméter, como recompensa por su hospitalidad, le entregó un carro tirado por dragones alados y le ordenó que viajara por el mundo esparciendo granos de trigo por todas partes. De esta misma forma Crisoloras esparció sus conocimientos por el mundo, devolviendo a las letras clásicas su brillo primitivo y motivando a la población a interesarse por ellas. Guarino moldea este símil utilizando palabras del campo semántico de la botánica y la agricultura. Comienza con una figura etimológica, al colocar el participio *reflorescentis* al lado de *Florentiam* (l. 39), dos palabras que comparten raíz. Después, recrea metafóricamente todo el proceso de siembra: primero dio a conocer los frutos de las letras en las mentes de los italianos (*litterarum fruges per nostrorum ingenia dispertiri* [l. 38-39]), es decir, los saberes que enseñaba en sus clases; luego animó a sus discípulos a que los cultivaran (*et nostrates ad colendum animare* [l. 39]); con el tiempo, esas semillas brotaron y produjeron a su vez otros frutos espléndidos (*unde germinantia late semina brevi fructus mirificos edidere* [l. 39-40]), de modo que los alumnos de Crisoloras pudieron ya instruir a otros y perfeccionar el uso de la lengua.

A continuación, Guarino realiza un nuevo símil en *Sensim... videtur* (l. 40-42) comparando esta revitalización de la sociedad, que volvía a adquirir los valores y la esencia de la Antigüedad, con la ecdisis de una serpiente, en especial la de una joven (*serpens novus*), pues estos reptiles mudan más de seguido en los primeros meses de vida, al estar en continuo crecimiento. Esto nos demuestra que Guarino no solo era un apasionado lector de los clásicos, sino que tenía un conocimiento amplio en otros campos, como puede ser aquí el de la biología.

Guarino se vale luego de dos citas expresas de Cicerón para narrar lo que en ese momento les sucedió a sus compatriotas. La primera, extraída del *De oratore* (*Contigit igitur... flagraverunt* [l. 42-44]), nos muestra cómo, al igual que los antiguos sintieron un gran deseo por aprender la lengua griega al descubrir su bella literatura y elegante retórica

⁷¹ Cf. Grimal (1989) 524.

de manos de los oradores helenos, así los humanistas comenzaron a interesarse de nuevo por las humanidades gracias a Crisoloras, que toma el relevo de aquellos *oratores Graeci* (l. 47). La segunda cita pertenece al *De senectute*, y, aunque Cicerón personaliza este enunciado en Catón el Viejo, Guarino le da un sentido general, de modo que para él todo aquel que estudiara griego, se volvería más sabio de lo que era previamente. Marco Porcio Catón (234 a.C.-149 a.C.), que llegó a ser cónsul y censor, fue un acérrimo defensor de las costumbres tradicionales romanas y se opuso con firmeza a la corriente filohelenista encabezada por los Escipiones, pero en sus últimos años de vida se acercó a la literatura griega, para aprender de sus enseñanzas. En ambas referencias ciceronianas Guarino nos presenta el creciente anhelo de los humanistas por aprender las letras griegas, escuchar a sus grandes oradores y enfrascarse en su literatura.

Finalmente, Guarino cierra el párrafo (l. 46-48: *Longa... lumine illustranda*) alabando la gran importancia que tuvo Crisoloras para depurar el deteriorado latín, que se había extendido en los siglos anteriores, y hacerle recuperar su resplandor original por medio de la luz y los fármacos que constituían sus propias enseñanzas. De este modo, compara sus enseñanzas con medicamentos, que ayudaron a “curar” a los hablantes de latín. Estas soluciones que presenta Guarino no son más que la profunda sabiduría de Crisoloras y la crucial labor docente que realizó durante su estancia en Italia, con lo que, posteriormente, sus alumnos, entre ellos Guarino, pudieran difundir sus enseñanzas por Italia.

Parte cuarta

El penúltimo párrafo de la epístola comienza con una apelación a su hijo (*Ne feras... accipias* [l. 49-51]) mediante un vocativo, para que no pierda la atención en lo que va a contarle, pues Guarino considera que darle un contexto a Niccolò sobre cómo surgió el humanismo y el auge de los clásicos, además de explicarle, como hará más adelante, el viaje que él mismo realizó a Grecia junto con Crisoloras, es de crucial importancia para que entienda la evolución que hay entre sus primeros escritos, que compuso sin cuidado en su juventud, y su esmerada retórica actual. Guarino busca que esto motive a su hijo en su afán por conocer y dominar las lenguas clásicas, para que así él difunda sus conocimientos a otros.

Luego, vuelve al tema del anterior párrafo y continúa narrando las andanzas de Crisoloras por Italia. El 10 de marzo de 1400⁷², Crisoloras abandonó Florencia a causa de la peste y se instaló en la corte de los Visconti, en Milán, donde residió hasta principios de 1403. Aunque tuvo ofertas para trabajar como profesor en varias universidades italianas, eligió como destino Milán por la generosa suma (*grandioribus accitus praemiis fuit* [l. 56]) que le ofreció Gian Galeazzo I Visconti (1351-1402)⁷³.

Galeazzo heredó de su padre el título de señor de Milán (*Seniori deinde Mediolani duci* [l. 51]) y gracias a su ambición y gran habilidad política consolidó el nombre de la familia Visconti como una de las más poderosas de Italia. En 1395, recibió el título de duque de Milán del emperador del Sacro Imperio Romano Germánico, Wenceslao de Luxemburgo (1361-1419), asegurando así su autoridad legal sobre el territorio. Bajo su mando, el ducado de Milán alcanzó su máxima extensión, pues abarcaba ciudades como Pavía, Verona, Padua, Bolonia y Pisa, entre otras. Durante todo su gobierno, destacó su interés por fomentar la cultura, la arquitectura y las artes, iniciando la construcción de la Catedral de Milán en 1386. A todos estos logros Galeazzo consiguió añadir la contratación de Crisoloras como profesor para la Universidad de Milán, que parecía ser el único éxito que le faltaba por conseguir en su vida, como Guarino señala con cierta censura (*quia... et laudi* [l. 53]). En efecto, Guarino no muestra una actitud particularmente cordial hacia Galeazzo, pues lo describe como *incredibiliter gloriae avidus* (l. 54). Parece ser que Guarino critica las políticas de Galeazzo de atraer a la ciudad artistas y eruditos mediante remuneraciones elevadas. Esta práctica es percibida como una forma de instrumentalización del saber, en la que el conocimiento se subordina a intereses de prestigio o poder, más que a una auténtica valoración del mérito académico o del desarrollo intelectual colectivo. Además de fomentar el florecimiento cultural de Milán, Galeazzo contrató a Crisoloras como una demostración de poder frente a la República de Florencia, que siempre había tenido importantes tensiones con Milán por el control político del norte de Italia, siendo las dos ciudades más poderosas de la región. Ante la marcada política expansionista de Galeazzo Visconti, Florencia, viendo amenazado su acceso al mar y a las rutas comerciales, se opuso militarmente a esta expansión. El conflicto bélico entre ambas ciudades cesó en septiembre de 1402, cuando murió de peste Gian Galeazzo. Esto provocó la fragmentación del Estado de los Visconti y la reafirmación del liderazgo florentino

⁷² Cf. Sabbadini (1919) 462.

⁷³ Sobre la vida de Gian Galeazzo, cf. Gamberini (2000).

en la Toscana. Sin embargo, esta rivalidad perduró y enfrentó décadas después a los Sforza de Milán y a los Medici de Florencia⁷⁴.

Al poco de morir Galeazzo en 1402, Guarino emprendió un viaje a Grecia junto a Crisoloras, con el fin de perfeccionar su griego (*Eo dehinc mortuo... potuisssem* [l. 54-56]). El gran empeño de Guarino por aprender le permitió absorber muchas de las enseñanzas de su maestro y empaparse de la cultura local. Durante su estancia en Grecia, Guarino se hizo con varios manuscritos antiguos, que trajo consigo en su regreso a la península itálica en 1408.

En este punto, Guarino vuelve a introducir en las líneas 60-61 la misma cita de Virgilio que ya había referenciado antes (*Quae te tam laeta tulerunt saecula?* [l. 8-9 y 56-57]). Repite la idea de que su hijo es un afortunado por haber crecido en una época de esplendor cultural, pues ahora los estudios de humanidades se han extendido con fuerza por toda Europa, a diferencia de los tiempos que se vivían durante la juventud de Guarino, en los que las incipientes letras clásicas apenas eran objeto de estudio en unos pocos *comuni*⁷⁵ comerciales del nordeste de Italia.

Guarino destaca luego la mayor facilidad con la que contó Niccolò para adquirir su formación, pues considera que sólo gracias a los esfuerzos de la generación anterior puede estudiar ahora con tanta facilidad (*Ad paratam... potuisti* [58-59]). Indica esto, de hecho, con el uso de una expresión popular (*ad paratam [...] mensam accessisti*) y lo remarca con una bonita metáfora (*ubi reiecto... potuisti* [58-59]): al igual que una persona que come un fruto que ya ha sido despojado de su mondadura por una persona ajena, las generaciones nuevas heredan de sus predecesores los productos del trabajo intelectual, sin conocer las dificultades que esos pioneros enfrentaron. Cabe destacar que este fruto (*nucleum*) no solo está listo para ser consumido sin la cáscara (*reieto putamine*), sino que además es puro y grato (*mundum ac delicatum*), ya que es el resultado de una larga preparación. Así, como nos cuenta Guarino en *Post tot... obtigit* (l. 59-61), mediante la lectura y estudio de muchos autores Niccolò ha conseguido un alto nivel en las lenguas clásicas, oportunidad con la que no contó su padre en su mocedad, al no haber todavía muchos sabios dedicados a las humanidades en ese momento.

Para finalizar este cuarto párrafo, Guarino muestra en *Iam non hominum... dedecebat* (l. 61-63) la percepción general, contemporánea a la redacción de esta carta, que

⁷⁴ Cf. Guicciardini (2018) 11-172.

⁷⁵ Los *comuni*, en singular *comune*, eran una forma de organización política autónoma que surgió en algunas ciudades del norte y centro de Italia durante la Baja Edad Media (siglos XI-XIII). Eran ciudades-estado gobernadas por sus propios ciudadanos, que habían logrado cierta independencia del poder feudal, episcopal o imperial.

había sobre el asunto. Según indica, el elogio por ese progreso de la elocuencia ya no recaía en los individuos, sino en la época misma (*non hominum, sed aetatis*), capaz de producir hombres elocuentes y de restaurar la dignidad del latín como lengua viva y cultivada. En este contexto, hablar correctamente dejó de ser un mérito excepcional para convertirse en una expectativa común; la elocuencia pasó a ser vista como norma, mientras que la incorrección, asociada con la “barbarie”, se convirtió en motivo de deshonra.

Debemos detenernos a comentar, por último, la oposición que presenta Guarino entre los términos *latine* y *barbare*. El adverbio *barbare* proviene del griego βάρβαρος, que tiene un origen onomatopéyico, proveniente del ininteligible habla de los extranjeros. Este término siempre tuvo un sentido marcadamente despectivo, utilizado para designar a aquellos con los que no se compartía la misma lengua, por lo que parecían estar más atrasados culturalmente. De este modo, en la generación de Niccolò hablar correctamente en latín (*latine*) constituía un indicio claro de civilización y desarrollo intelectual. Por ello, Guarino consideraba que la época anterior había estado culturalmente rezagada, en la medida en que se menospreciaba la importancia de evitar un uso “bárbaro” del lenguaje. Observamos con todo esto que la relación con las lenguas clásicas representa una especie de línea divisoria entre las generaciones: los humanistas, que han tenido la posibilidad de estudiar latín y griego desde jóvenes, no comprenden el esfuerzo ni el orgullo de sus padres, que lo aprendieron en la edad adulta.

Parte quinta

En esta última parte, que funciona como cierre de la carta, Guarino recapitula las ideas que ha defendido a lo largo de la epístola y se despide de su hijo. Guarino comienza el párrafo apelando directamente a Niccolò con el vocativo *carissime fili* (l. 64), en el que el adjetivo en grado superlativo demuestra, más allá del tópico literario, el gran afecto que tiene por su hijo, a pesar de las críticas que ha recibido de su parte. Aprovecha para excusarse (l. 64-65: *Eapropter... morem*) por haber incurrido, en otro tiempo, en errores al escribir, guiado por un dominio de la lengua aún inmaduro. Como ya desarrolló en el párrafo anterior, considera esto más un problema de su generación, en la cual no se prestaba atención al escribir correctamente en latín, que suyo propio, por falta de motivación o estudio. Después, en el pasaje *Proinde tu... debet aetas* (l. 65-67) Guarino le recrimina a su hijo sus burlas del estilo latino de su juventud, que no considera justas, porque a nadie que empieza a manejarse en un idioma se le puede exigir su dominio completo.

Además, sugiere que debe mirar con cierta indulgencia estos momentos de ignorancia e imperfección, ya que lo que ahora puede parecer risible o criticable quizás era simplemente un paso inicial para ese dominio y esa erudición propios de la edad adulta. Guarino cree que debemos mirar el pasado, no con desprecio o con superioridad moral, sino con respeto hacia el trayecto recorrido, pues no se puede exigir sabiduría completa a quien aún está en su proceso de maduración, así como no se le pide a un niño hablar con la elocuencia de un sabio. Guarino utiliza una hipérbole muy elocuente para su propósito, ya que compara sus inicios literarios con las primeras palabras de un recién nacido: *quasi balbutientem patris infantiam risu complectaris* (l. 66) o *nec vero lactentibus de labiis eruditionem exigas* (l. 66-67).

A continuación, expresa esta diferencia entre épocas, que ha ido desarrollando a la largo de la carta, oponiendo mediante un sistema de pares los estilos de algunos de los más grandes literatos de la Antigüedad (*Nonne... commendasse* [l. 67-70]). Esto lo presenta con tres preguntas retóricas en las que contrapone a un autor latino de época arcaica con otro de época clásica, distribuyendo los pares por géneros literarios.

La primera interrogación presenta una oración condicional, cuya prótasis es común para las tres preguntas, aunque aparezca elidida en las dos siguientes. Esta prótasis es una cita no expresa de las *Geórgicas* de Virgilio, quien, hablando de las abejas y su organización social, reflexiona sobre cómo estas pequeñas criaturas reflejan un orden admirable, incluso comparable al de las sociedades humanas. De este mismo modo, Guarino se permite comparar sus irrelevantes escritos con los mayores poetas latinos. En esta primera pregunta (*Nonne... Virgilium* [l. 67-68]) Guarino confronta los estilos de dos grandes poetas: Enio y Virgilio. Quinto Enio (239 a.C.-169 a.C.) fue un poeta considerado el padre de la poesía épica romana, ya que introdujo el hexámetro griego en la literatura latina, sustituyendo los antiguos saturnios. Su obra más conocida son los *Annales*, un poema épico que narraba la historia de Roma desde Eneas hasta su tiempo. Por su parte, Publio Virgilio Marón (70 a.C.-19 a.C.) fue el mayor poeta de la época de Augusto y una de los más grandes y respetados de la latinidad. Su obra más importante fue la *Eneida*, un poema épico que narra el viaje de Eneas, desde la caída de Troya hasta su llegada a Italia. Mientras que el lenguaje de Enio es directo y austero, cercano al habla cotidiana y ejemplo de los inicios literarios de la poesía latina, Virgilio eleva su estilo con una gran musicalidad y refinación estética, propia de un latín más evolucionado.

En la segunda pregunta (*alio item... Ciceronem* [l. 68-69]) se compara la prosa de dos de los mayores oradores latinos: Catón el Viejo y Cicerón. El estilo de estos dos

hombres, que llegaron a ser cónsules de Roma, refleja dos momentos y concepciones muy distintas de la prosa latina: mientras Marco Porcio Catón (234 a.C.-149 a.C.) se caracteriza por un estilo rudo y conciso con estructuras sintácticas simples, Marco Tulio Cicerón (106 a.C.-43 a.C.) representa la madurez del latín clásico, con un estilo elegante y elaborado con períodos amplios y una sintaxis compleja, como se observa en sus discursos, tratados filosóficos y cartas.

La tercera y última pregunta (*non eo... commendasse* [l. 69-70]) contrapone la lengua de dos importantes historiógrafos: Fabio Píctor y Tito Livio. Quinto Fabio Píctor (270 a.C.- 200 a.C.) es considerado el padre de la historiografía romana. Escribió una historia de Roma en griego, los *Annales Graeci*. Por su parte, Tito Livio (59 a.C.-17) perteneció al círculo de Augusto y es célebre por su monumental obra *Ab urbe condita*, donde narra la historia de Roma desde su fundación hasta su época. El lenguaje de Fabio Píctor es sobrio, influido por los autores de historiografía griegos, mientras que Tito Livio tiene un estilo más retórico y elevado.

Para cerrar el párrafo, Guarino ilustra un proceso de formación (*Sic... iam potest* [l. 70-71]) desde la torpeza natural del habla infantil hasta el dominio de la elocuencia. Al igual que los autores que Guarino acaba de mencionar, pertenecientes a épocas distintas, tenían una destreza con la lengua muy diferente, así una persona debe ir instruyéndose, para, con el paso del tiempo, hablar y escribir con refinamiento. Cabe destacar el intencionado contraste léxico que introduce Guarino con las expresiones *blaese balbeque mutire* (l. 70) y *graviter et ornate dicere* (l. 71), que representan el recorrido del aprendizaje: desde los primeros intentos de expresarse en latín, torpes y vacilantes, hasta alcanzar una expresión madura y precisa, que demuestra el dominio de la lengua.

Añade una conclusión y breve despedida al final de la epístola (*Haec sunt... Vale* [l. 72-73]), en que aconseja a su hijo reflexionar sobre los argumentos expuestos en la carta. El mismo se dará cuenta de que es normal que los escritos de Guarino fueran de peor calidad literaria en su juventud que en la actualidad y por ello dejará de criticar todo lo que encuentre en ellos que difiera del latín clásico, pues en su carta previa había censurado esa diferencia con la severidad de un censor (*ensorio iudicio* [l. 72-73]). En la antigua Roma, el censor era un magistrado, elegido cada cinco años, de altísima autoridad, encargado principalmente de realizar el censo, redactar la lista del Senado y evaluar la conducta pública y privada de los ciudadanos. Funcionaba, pues, como un severo defensor de las costumbres tradicionales, y de ahí la comparación que presenta Guarino. Por último, se despide de Niccolò utilizando el imperativo del verbo *valeo*, que era la fórmula

de despedida más común en la epistolografía latina. Además, Guarino fecha la carta al modo romano (*E Ferrara III kal. sept. MCCCCLII* [l. 74]) con indicación del lugar desde donde envía la carta, Ferrara, pues Guarino estuvo residiendo allí desde 1430 en calidad de maestro público de la Universidad.

FUENTES

En esta carta dirigida a su hijo Niccolò, Guarino despliega un uso refinado y deliberado de fuentes literarias, tanto expresas como implícitas, con una finalidad que trasciende el mero adorno literario. De este modo, Guarino demuestra en esta epístola su gran conocimiento de los clásicos, a los que ha leído en gran medida, y su uso frecuente para la construcción de sus propios textos, incluso los que, en principio, como esta carta familiar, parecen menos destinados a un amplio despliegue retórico y literario.

Las fuentes expresas son aquellas citadas de manera directa, mediante la mención del autor y la reproducción literal de pasajes. En el texto encontramos tres: una de Virgilio, extraída de la *Eneida* (l. 8-9 y 56-57: *Quae te... parentes?*) y dos de Cicerón. La cita de Virgilio resulta llamativa por su repetición en dos puntos distintos de la carta: en un primer momento aparece como una mera alusión erudita, y más adelante se reitera ya con la mención directa del autor. Esta se utiliza para enaltecer la época contemporánea, comparándola con una edad de oro, y para ensalzar al propio Niccolò, a quien considera digno fruto de un tiempo privilegiado. Por su parte, las citas ciceronianas aparecen en el tercer párrafo de la carta, enmarcadas en la alabanza a Crisoloras por su importancia en la difusión del griego en Italia. La referencia perteneciente al tratado *De oratore* (*Post autem... flagrauerunt* [l. 42-44]) muestra el gran ardor que sintieron los hombres por conocer la lengua griega tras descubrirla de manos de maestros y oradores, mientras que la correspondiente al *De senectute* (*Qui si... in senectute* [l. 45-46]) quiere demostrar cómo el aprender la lengua y la literatura griega hace más sabios a los hombres, poniendo como ejemplo de ello a Catón.

Por otro lado, las fuentes omitidas, o más precisamente, las alusiones cultas no declaradas, constituyen un nivel de intertextualidad exigente, dirigido a un lector versado en la cultura clásica. Estas referencias implícitas no solo embellecen el discurso, sino que delimitan un círculo de interlocutores cultos que comparten los mismos códigos. Sabbadini ya las identifica y entrecomilla en su edición, que tomamos como referencia. Así, en la carta observamos que Guarino bebe de fuentes, que omite consciente o

inconscientemente, como son los grandes autores latinos: Cicerón, Virgilio y Lucano, aunque también recuerda a poetas de menor reconocimiento como Persio y Dracontio. Siguiendo el orden en el que aparecen en la carta, encontramos primero la cita a las *Sátiras* de Persio (l. 12: *sartago loquendi venisset in linguas*), que critica el latín bárbaro y corrompido del periodo medieval. Después, observamos el uso del proverbio *felix sorte sua* (l. 12-13), que, aunque su primer empleo remonta a Dracontio, era una expresión popular muy extendida, ya que lo encontramos en otros humanistas como Giovanni Pontano⁷⁶, así que es posible que Guarino desconociera su origen. La cita no expresa del *De senectute* de Cicerón (l. 14-15: *cuius ex lingua melle dulcior fluxerat oratio*) depende por completo, al ser una oración de relativo, de la de la *Farsalia* de Lucano (*Romani maximus auctor Tullius eloquii* [l. 14]). Estas dos son utilizadas por Guarino para elogiar la figura de Cicerón, que se consideraba el modelo de buen latín. Por último, encontramos la referencia a las *Geórgicas* de Virgilio (*si parva licet componere magnis* [l. 67-68]), que introduce Guarino para intentar comparar su ejemplo con los grandes poetas latinos. Este uso encadenado de alusiones cultas revela que Guarino tiene su mente densamente habitada por frases y ecos de los autores latinos, especialmente de aquellos que forman parte de su lectura cotidiana. No parece que recurra a estas citas tras una consulta puntual, sino que surgen con naturalidad en el curso de su escritura. Este manejo fluido del repertorio clásico se manifiesta en un doble método: por un lado, la alusión implícita, casi como resonancia espontánea del pensamiento, y por otro, la cita expresa con mención del autor, como ocurre aquí con Virgilio y Cicerón. Esta combinación evidencia no solo erudición, sino también una interiorización profunda del legado clásico por parte de Guarino.

En todos los casos, tanto las citas como las alusiones cumplen múltiples funciones. En primer lugar, fortalecen los argumentos del autor, al proporcionar modelos y autoridades del pasado que avalan su juicio. En segundo lugar, actúan como ornato estilístico, al dotar al texto de un tono elevado y digno de la tradición retórica que el propio Guarino defiende. Pero, sobre todo, las fuentes implícitas construyen una comunidad cultural restringida, que exige del lector una formación equivalente a la del autor para captar plenamente el sentido del discurso.

Por último, conviene destacar que este uso de fuentes no es gratuito ni artificioso: Guarino se vale de ellas para justificar su propio trayecto formativo, desde la torpeza inicial hasta la madurez elocuente, y para explicar la diferencia entre generaciones. Las

⁷⁶ Cf. Pont. eglog. 4,73.

referencias eruditas, por tanto, no son solo un instrumento de autoridad, sino también una expresión de su experiencia personal, con la que invita a su discípulo a comprender que el progreso intelectual es un camino gradual.

En conclusión, la carta de Guarino de Verona es un ejemplo paradigmático del uso renacentista de las fuentes clásicas, donde la cita y la alusión culta se integran en el discurso, combinando su función estética y argumentativa. Lejos de ser simples ornamentos, las fuentes actúan como fundamentos estructurales de una visión del mundo en la que la recuperación del saber antiguo garantiza la correcta formación del espíritu.

LENGUA Y ESTILO

Esta carta de Guarino de Verona constituye un excelente testimonio del latín humanista del siglo XV, caracterizado por su intento de recuperar el clasicismo ciceroniano tanto en el plano léxico como en la construcción sintáctica y el diseño estilístico general. La epístola no es un mero intercambio familiar entre padre e hijo, sino una pieza retóricamente elaborada que revela una clara voluntad literaria. Este apartado constituye tan solo un acercamiento breve y preliminar a la forma de escribir de Guarino y no pretende realizar un estudio exhaustivo sobre ella.

Lengua

Para dar muestra de ello, analizaremos con brevedad la lengua que utiliza Guarino en la carta, atendiendo a sus aspectos morfológicos, sintácticos y léxicos.

Desde el punto de vista morfológico, el texto mantiene con fidelidad las formas propias del latín clásico. En el uso de los sustantivos, predominan los términos abstractos y cultos como *eruditio* (l. 35), *splendor* (l. 23), *disciplina* (l. 49), *humanitas* (l. 10), que evidencian una vocación discursiva elevada, destacando la abundancia de términos que utiliza Guarino para hablar del lenguaje (*eloquii* [l. 14], *facundiae* [l. 9], *dictionem* [l. 3], etc.), como ya vimos en el primer apartado de este comentario. Se observa, además, la proliferación de adjetivos en grado superlativo (*laetissimam* [l. 37], *abundantissimum* [l. 31]) que intensifican la exaltación del objeto descrito. Los verbos también remiten a un estilo clásico por su variedad y refinamiento. Se usan con frecuencia tiempos compuestos como el pluscuamperfecto y el futuro perfecto (*fluxerat* [l. 15], *coeperit* [l. 38]), muchas veces con valor literario o enfático, no meramente temporal. También son notables los deponentes y semideponentes (*provehar* [l. 13], *subsecutus sum* [l. 55]), que evocan la

lengua clásica y cargan de matices la acción verbal, ya que en el latín se había perdido en gran medida su uso en favor de verbos puramente activos. Los adverbios, por su parte, tienen en la mayoría de los casos un valor modal (*graviter* [l. 71], *modo* [l. 55]). Finalmente, observamos el uso reiterado de prefijos latinos como *in-*, *re-*, *ad-*, *de-* y sufijos como *-tas*, *-tia*, *-tudo*, *-bilis*, que muestran una gran flexibilidad morfológica que persigue tanto la precisión como el efecto estilístico. El uso del ablativo absoluto es frecuente y favorece una expresión más sintética y dinámica de la acción (*scriptis... revolutis* [l. 6], *gestatis in sinu* [l. 2], *gustata mellitae dictionis suavitae* [l. 27]).

En cuanto a la sintaxis, destacan las oraciones extensas y complejas, con abundantes subordinadas que imitan el período clásico. Guarino organiza su discurso en largos periodos latinos, donde las ideas se encadenan mediante nexos bien marcados y una lógica interna rigurosa. En la sintaxis nominal destaca el uso consistente de las preposiciones clásicas (*inter*, *de*, *ex*, *per*, *cum*, *propter*, *in*) en su régimen correcto, sin errores ni usos, por así decir, “medievales”. En la sintaxis verbal, predomina el modo indicativo, aunque los usos del subjuntivo son frecuentes en subordinadas finales (*ut posteris prodas* [l. 50-51], *ut... addiscas* [l. 13]). Se alternan construcciones activas y pasivas con fluidez, empleando la pasiva con gran habilidad para desplazar el foco temático. En cuanto a la sintaxis oracional, el uso de subordinadas sustantivas (*Diceres missum e caelo in terras hominem* [l. 35]), adjetivas (*quam ipse per aetatem ignorabas* [l. 50]) y adverbiales (*cum dux ipse incredibiliter gloriae avidus esset* [l. 53-54]) es denso y refinado. Las oraciones están a menudo encajadas, con estructuras correlativas (*non... sed etiam* [l. 57], *sicut... sic* [9-13]) y anafóricas, lo que imprime a la prosa un carácter discursivo y académico, típicamente humanista.

El léxico empleado revela un fuerte componente arcaizante y culto. Guarino evita las formas vulgares o medievales y opta por términos clásicos o reconstruidos desde las fuentes antiguas. No obstante, incorpora ocasionalmente vocabulario más reciente con intención crítica, como cuando parodia el estilo enrevesado y confuso del latín escolástico (l. 19-21: *Vobis regratior... Sapientitudo*). También destacan algunos helenismos, como *παλιγγεσία* (l. 7), que muestran su familiaridad con la tradición griega.

Estilo

Respecto al estilo, atenderemos sucintamente a la estructura del discurso, el orden de palabras y las figuras retóricas. El estilo de la carta es elevado y deliberadamente

artístico, pues Guarino intenta demostrar a Niccolò su evolución retórica y su actual dominio del latín. La formación de los periodos se ajusta al modelo ciceroniano: son largos, equilibrados, contruidos con simetría y cadencia. Los incisos y aposiciones (l. 31: *virum ... abundantissimum*) muestran un dominio de la retórica y una sensibilidad por el ritmo del discurso.

El orden de palabras se muestra libre, pero cuidadosamente dispuesto para lograr énfasis y musicalidad. Guarino a veces practica una disposición hiperbática típica del latín clásico, situando, por ejemplo, participios o complementos al comienzo o al final del periodo para lograr mayor énfasis (l. 37-38: *quae artium egregiarum... parens altera semper extitisset*).

Las figuras retóricas que Guarino añade a la carta dotan a esta de elegancia y finura. Encontramos algunas aliteraciones, que dan ritmo y musicalidad a la prosa, como *blaese balbeque* (l. 70), que funciona casi como una onomatopeya de los sonidos que produce un bebé; o hipérboles, que dan fuerza al discurso, como *suus ut dies festus celebrabatur adventus* (l. 33-34), que exagera el recibimiento que tuvo Crisoloras en Florencia.

Pero lo que destaca por encima de todo es el continuo uso de ricas metáforas con valor tanto literario como filosófico. Una de ellas es la referencia a la recuperación de Niccolò de los textos de su padre como si resucitaran, volviendo desde el Hades (*scriptis vero meis... revocasti* [l. 10-12]). Otra es la metáfora de comer un fruto limpio y ya pelado, que Guarino compara con el fácil acceso de Niccolò a una cultura refinada (*ubi... esse potuisti* [l. 62-63]). Encontramos también un símil, al equiparar explícitamente mediante el adverbio *ut* a la humanidad con una serpiente, aunque podemos observar en este mismo ejemplo el uso de la prosopopeya, cuando Guarino narra cómo la humanidad se deshace de sus viejas pieles (*Sensim... exuvias* [l. 44-45]), atribuyendo a una entidad inanimada o abstracta (*humanitas*) cualidades propias de los seres animados. También se compara tanto a Niccolò (*scriptis vero meis... revocasti* [l. 10-12]) con el dios Mercurio, al traer de nuevo a la vida los textos de Guarino, como a Crisoloras con Triptólemo, pues reparte sus conocimientos de griego como si fueran semillas (*sicuti... edidere* [l. 42-44]).

Por último, es destacable el uso constante de contrastes temporales y generacionales, que estructuran todo el texto: la infancia del autor frente a la madurez del hijo, la barbarie lingüística medieval frente a la pureza recuperada del latín clásico. La carta se convierte así en una meditación sobre el tiempo, la educación y el lenguaje como vehículo de regeneración cultural.

BIBLIOGRAFÍA

TEXTOS

En el presente trabajo, las referencias a los autores latinos se han realizado siguiendo las entradas del *The-saurus Linguae Latinae*, y las correspondientes a los autores griegos, a través del *Diccionario Griego-Español*. Por tanto, remitimos a estos diccionarios para las ediciones de los textos citados. En esta sección únicamente se recogen las traducciones utilizadas y aquellas ediciones específicas que no coinciden con las incluidas en dichos repertorios lexicográficos.

- CICERÓN (2002), *Sobre el orador*, J. J. Iso (trad.), Madrid, Gredos.
- CICERÓN (1981), *De oratore libri tres*, A. D. Leeman y J. Pinkster (eds.), Leiden, Brill.
- CICERÓN (2021), *De senectute*, A. Roche (trad.), Madrid, Biblioteca Nueva.
- LUCANO (2001), *Farsalia*, A. Ramírez de Verger (ed. y trad.), Madrid, Cátedra.
- JUVENAL Y PERSIO (1988), *Sátiras*, R. Cortés Tovar (ed. y trad.), Madrid, Cátedra.
- PETRARCA, FRANCESCO (2023), *Epistulae rerum senilium*, U. Dotti (ed.), Barcelona, Acanalado.
- PLATÓN (1971), *Fedón*, C. Eggers Lan (trad.), Buenos Aires, Eudeba.
- PLATÓN (1988), *República*, C. Eggers Lan (trad.), Madrid, Gredos.
- PONTANO, GIOVANNI (1983), *Eclogae*, L. Monti Sabia (ed. y trad. it.), Napoli, Liguori.
- GUARINO VERONESE (1915-1919), *Epistolario*, R. Sabbadini (ed.), 3 vols., Roma, Forzani.
- VALLA, LORENZO (1999), *De linguae latinae elegantia*, S. López Moreda (ed. y trad.), Cáceres, Universidad de Extremadura.
- VIRGILIO (1990), *Geórgicas*, T. A. Recio García y A. Soler Ruiz (trad.), Madrid, Gredos.
- VIRGILIO (2008), *Eneida*, J. Echave-Sustaeta (trad.), Madrid, Gredos.

ESTUDIOS

- BLACK, R. (2006), “The Origins of Humanism”, en A. Mazzocco (ed.), *Interpretations of Renaissance Humanism*, Leiden-Boston, Brill, pp. 37-72.
- BURCKHARDT, J. (2002), *La civilización del Renacimiento en Italia*, L. García Sanz (trad.), Madrid, Alianza Editorial (1860¹).
- CURVELO TAVÍO, M.^a E. (2000), “Teoría y práctica epistolar de Niccolò Perotti”, *Humanistica Lovaniensia* 49, 1–29.
- FANTAZZI, C. (2014), “Imitation, emulation, Ciceronianism, anti-Ciceronianism”, en P. Ford, J. Bloemendal y C. Fantazzi (eds.), *Brill’s Encyclopaedia of the Neo-Latin World. Macropaedia*, Leiden-Boston, Brill, pp. 141–153.
- FUBINI, R. (2007). “L’umanesimo italiano: Problemi e studi di ieri e di oggi”, *Studi Francesi* 153, 504–515.
- GAMBERINI, A. (2000), “Gian Galeazzo Visconti, duca di Milano”, *Dizionario Biografico degli Italiani*. Treccani: [https://www.treccani.it/enciclopedia/gian-galeazzo-visconti-duca-di-milano_\(Dizionario-Biografico\)/](https://www.treccani.it/enciclopedia/gian-galeazzo-visconti-duca-di-milano_(Dizionario-Biografico)/) (Recuperado el 24 de mayo de 2025).
- GARIN, E. (2017), *El Renacimiento italiano*, A. Vicens Lorente (trad.), Barcelona, Austral.
- GRENDLER, P. F. (2002), *The Universities in the Italian Renaissance*, Baltimore, Johns Hopkins University Press.
- GRIMAL, P. (1989), *Diccionario de mitología griega y romana*, F. Payarols Casas (trad.), Barcelona, Paidós.
- GUICCIARDINI, F. (2020), *Storia d’Italia*, C. Groppetti (ed.), Novara, Interlinea.
- KENNEDY, G. A. (1972), *The Art of Rhetoric in the Roman World: 300 B.C.–A.D. 300*, Princeton, Princeton University Press.

- MAZZOCCO, A. (2006), “Founder of Renaissance Humanism?”, en A. Mazzocco (ed.), *Interpretations of Renaissance Humanism*, Leiden-Boston, Brill, pp. 215–242.
- MERCER, R. G. G. (1979), *The Teaching of Gasparino Barzizza: With Special Reference to his Place in Paduan Humanism*, Londres, Modern Humanities Research Association.
- MARTÍN BAÑOS, P. (2005), *El arte epistolar en el Renacimiento europeo, 1400-1600*, Bilbao, Universidad de Deusto.
- PADE, M. (2014), “From Mediaeval to Neo-Latin”, en Ph. Ford-J. Bloemendal-Ch. Fantazzi (eds.), *Brill's Encyclopaedia of the Neo-Latin World*, Leiden-Boston, Brill, pp. 5-19.
- PISTILLI, G. (2003). “Guarini, Guarino”, *Dizionario Biografico degli Italiani*. Treccani: [https://www.treccani.it/enciclopedia/guarino-guarini_\(Dizionario-Biografico\)/](https://www.treccani.it/enciclopedia/guarino-guarini_(Dizionario-Biografico)/) (Recuperado el 7 de mayo de 2025).
- RUIZ MONTERO, C. (2013), “Teoría epistolar griega”, *Monteagudo* 18, 27–39.
- THOMAS, J. (2020), “The Resurrection of Juvenal: The Guarino da Verona Educational Experience”, en B. A. Payer y A. Wall (eds.), *Illuminating Life: Manuscript Pages of the Middle Ages*, Guelph, University of Guelph, pp. 77–85.
- SIGNES CODOÑER, J. (2003), “*Translatio studiorum*”: La emigración bizantina a Europa occidental en las décadas finales del Imperio (1353–1453)”, en P. Bádenas de la Peña e I. Pérez Martín (eds.), *Constantinopla 1453. Mitos y realidades*, Madrid, CSIC, pp. 187–246.